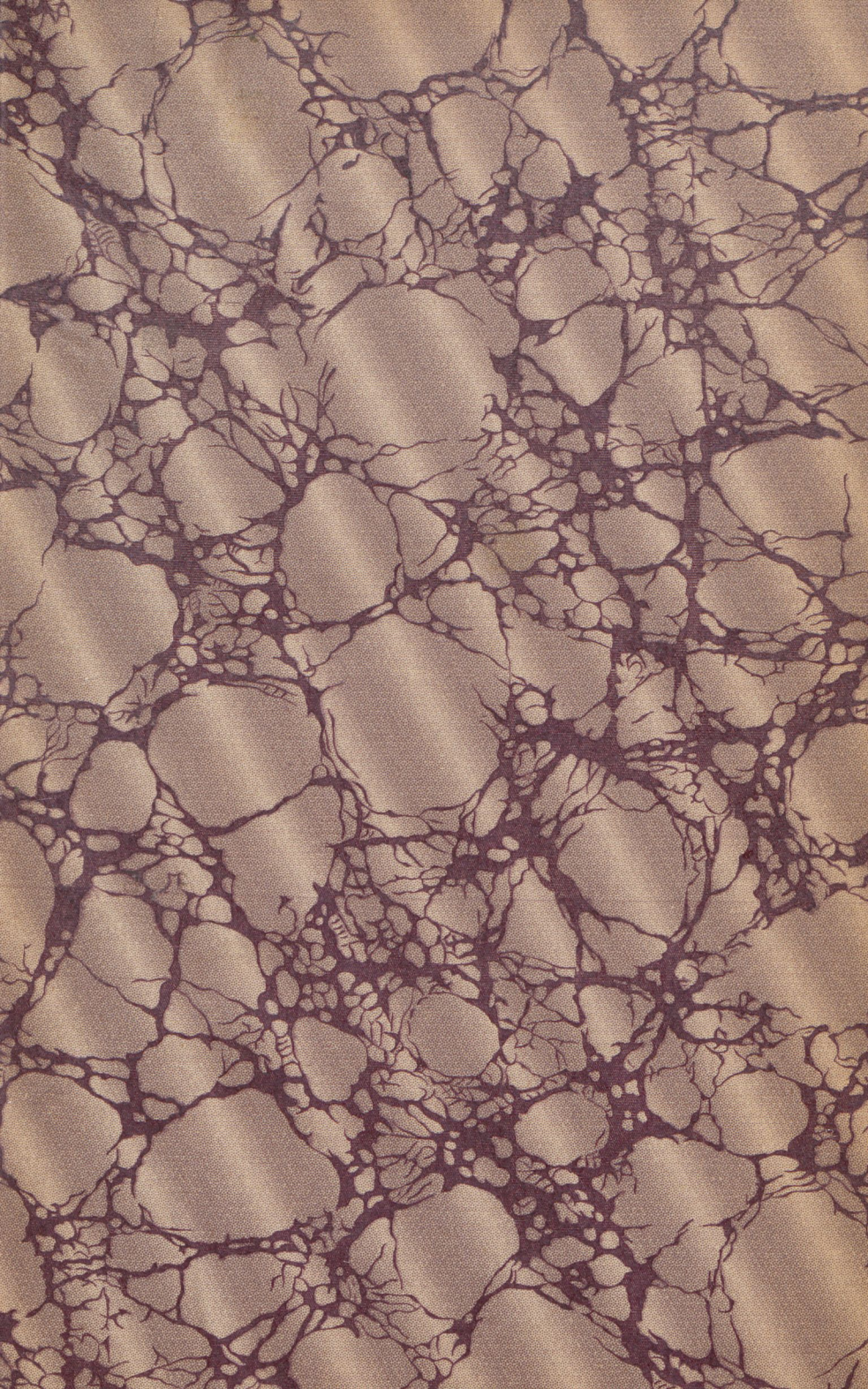


136
T

3000
ДNП
XIX
878

22 cms
R. 70. 808
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

OCIOS LITERARIOS

COLECCIÓN

DE

ARTÍCULOS Y POESÍAS

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle de Ferraz, núm. 13
1887

OCIOS LITERARIOS

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

OCIOS LITERARIOS

COLECCIÓN

DE

ARTÍCULOS Y POESÍAS

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle de Ferraz, núm. 13
—
1887

J. LAMEYER

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Á MI QUERIDO TÍO

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. Carlos Navarro y Rodrigo.

La admiración, el respeto, la gratitud, la simpatía y el acendrado cariño que á V. profeso, son los motivos que me inducen á ofrecerle la dedicatoria de este modesto libro.

Entusiasta de sus grandes merecimientos y de sus nobles virtudes; admirador constante de su clarísimo talento y de su voluntad siempre firme, he procurado imitar á V. en todo aquello que se aviene á la notable inferioridad de mis condiciones de todo género. Habré trabajado sin fruto; pero así y todo, no dudo merecer de la benevolencia de V. que acoja estas páginas que le ofrezco, producto de mis fantasías de niño y de mis sueños de adolescente, por cuya señalada merced habré encontrado la más cumplida compensación de mis desvelos.

Sé que V., aun siendo muy complaciente y benévolo conmigo, será el primero en condenarme por este maldito afán de exhibición prematura.

De todos modos, como al escribir las composiciones que le dedico, no había de negarlas en ningún caso la paternidad, he preferido lanzarlas hoy á la indulgencia del público y á las garras de la crítica, aun conociendo que he de salir mal-

parado en la contienda. Si en último término me sirven de guía las sanas reconvenciones de los expertos en la materia, bueno es dar ocasión á que éstos me señalen el camino que en adelante me conviene emprender, pues justo es confesar ingenuamente que el emprendido por mí hasta ahora, no me inspira la más completa confianza.

Acepte V., pues, esta humilde ofrenda, en testimonio del profundísimo afecto que le profesa su más agradecido sobrino

Antonio.

PRÓLOGO.

La buena amistad y la modesta timidez de D. Antonio Chápuli Navarro, autor de las poesías, cuentos y artículos contenidos en este libro, me ponen en el trance duro y pecaminoso de escribir un prólogo, género que siempre aborrecí por monótono é inútil y que resultará prácticamente más desautorizado todavía después de la lectura de estas líneas. El abuso de los juicios preliminares hechos de mano amiga llegó en los años pasados á extremo parecido al de la concesión de cruces y encomiendas, de suerte que, como recomendación especial, se anunciaba en algunos libros: «Sale á luz sin prólogo de ningún académico.»

Y en verdad que cuando se reunen cualidades de espontaneidad exuberante é inspiración tan fácil como tiene en su abono mi joven amigo el Sr. Chápuli Navarro, no necesita de nadie que lo anuncie á los lectores, ni detenga á éstos en el dintel de la casa para decirles los buenos cuadros que adornan el interior, ó que les advierta dónde están el oro y los diamantes y dónde el cobre y el vidrio con apariencia de brillante pedrería.

No cuadra bien al amigo señalar los defectos á quien no los advierta, ni tampoco celebrar con descompasado elogio las buenas partes de la obra, porque aquello que mucho se pondera por adelantado suele juzgarse por los demás con rigor más severo.

Bien pudiera, á fin de no caer en crítica descortés ni en panegírico perjudicial, darme trazas para seguir alguno de los caminos tradicionales en la materia y que en forma de patrón ó de recetario solicitan la presunción de los que prologuean, y sirven ya para adormecer, ya para hacer malas entrañas al más pío lector.

Figura en la primera línea de estos modelos típicos el sistema académico, de donde toma el nombre de proemio ó prefacio. Suele ser su principal objetivo el alardear quien lo escribe de maestro en el idioma, rasgueando de pluma como si hiciera muestras de Iturzaeta, donde los perfiles y los gruesos señalados con todas las reglas caligráficas sólo expresan una serie de vocablos altisonantes y llamativos. En esa bien socorrida senda hemos adelantado tanto, que ya el hablar á lo clásico y presumir de excelente prosador (decir prosista y novelista es demasiado vulgar) está al alcance de las modestas fortunas. El fecundo y epigramático ingenio del Sr. D. Francisco Silvela, con quien la política y la oratoria cometen un verdadero secuestro en daño de las bellas letras, dió hace tiempo la receta para convertir *à posteriori* en la más culta y remilgosa habla castellana cualquier escrito por adúltero y bastardo que sea su lenguaje y aunque esté más empedrado de galicismos y concordancias vizcaínas que un folletín transplantado de Montepin ó Richebourg. Con buena mano de ese barniz salvador adquiere el cuadro sombras y lejos de ancianidad venerable, de manera que el admirador de buena fe pueda emular el peritísimo elogio que aquel magnate, gran coleccionador de lienzos, hacía de un retrato de la reina María Luisa, atribuyéndolo al propio y mismísimo pincel de Bartolomé Esteban Murillo.

En mejor uso anda todavía otro procedimiento de condimentar introitos á los libros ajenos, trasunto de los antiguos sermones con destino á los misacantanos; refiérome al prólogo erudito-filosófico-estético.

Consiste casi siempre en prolija y á las veces laberíntica disquisición acerca de las diversas escuelas y corrientes que predominaron en siglos pretéritos, y que se disputan el imperio de lo futuro. Si el introductor del poeta, que así puede ser padrino del bautizo literario como ujier que levanta la cortina para anunciar el recien venido al respetable público y señor, adolece de venates germanófilos, saca de los ya arrumbados baratillos toda la oxidada herrumbre de aquella premiosa jerga tan en prez no hace muchos años, de lo subjetivo y lo objetivo, con lo uno, lo vario y lo armónico, para demostrar, en un dos por tres, que en

la evolución del yo individuo en sus relaciones con el yo inmanente y transcendente no hay fenómeno más cabal que el autor cuya obra encarna é informa el actual momento histórico en el tiempo y en el espacio.

Si felizmente el prologuista dejó ya el figurín de las vísperas revolucionarias, se ocupa en desahogar su inquina contra la escuela idealista ó fulminar todo linaje de excomuniones contra el naturalismo, según que el autor del libro sea aficionado de Hugo y Musset ó de Zola y los Goncourt.

Queda otra clase de prólogo más entretenido y ameno que puede intentarse haciéndose bien quisto de los enemigos del bien ajeno, á trueque de herir ó menoscabar con maligno gracejo reputaciones formadas ó nacientes. Esta fácil tarea tiene la ventaja de que los lectores, después de reir y burlarse de la serie de caricaturas donde se adultera la buena fama de hombres ilustres, añaden como fin de fiesta el epigrama y la befa contra el crítico que en su grotesca animadversión al género humano presumió de maestro y funcionó de arlequín.

Habiendo modelos tan acreditados en el arte, que basta dejar correr la pluma sobre papel con la falsilla puesta adecuadamente, he temido, sin embargo, que me falte tiempo é ingenio y al público paciencia antes de conseguir la primera condición á que debe aspirar todo el que escribe, y es la de ser leído.

Por lo cual, optando entre las más expeditas y trilladas vías, por la más vulgar de todas, renuncio á caminar por esas asperezas, y en la prosa más pedestre y en romance paladino,

> En qual suele el pueblo fablar á su vecino,
> Ca non so tan letrado por ser otro latino,

daré breve noticia de la persona del autor y de lo contenido en este libro, sin que estos apuntes tengan la enorme pretensión del buen maestro Gonzalo, «de que valgan siquiera un vaso de bon vino.»

*
* *

Amigo lector, y amigo eres cuando tienes en tu mano un libro dedicado á las letras: el autor D. Antonio Chápuli Navarro es un entusiasta cultivador de la poesía é idólatra del arte.

Tan temprana es su edad, que en su fantasía y en su inspiración se unen los candorosos ensueños del niño con las intuiciones apasionadas del hombre.

Hijo de modesta familia, supo los trabajos de la vida antes que sus alegrías. A su esfuerzo propio y labor constante debe la ilustración de su entendimiento y el sostén de los suyos.

Bajo la sombra bienhechora de un ilustre deudo que lo distingue con paternal solicitud, estudia, trabaja y adelanta.

Adolescente aún, cruzó los mares, y sin desatender ocupaciones burocráticas, llevó á la prensa periódica de nuestras posesiones en el extremo Oriente las primicias de su ingenio. Escribía con facilidad extraordinaria, y fué acogido con simpatía y aplauso, estímulo más que vanagloria para un carácter entero y perseverante.

Inclináronle los amigos á coleccionar lo más saliente y celebrado entre sus composiciones en verso y prosa, y difícilmente se resiste en los años juveniles á esa tentación prestigiosa de hacer un libro que arranque lágrimas de alegría á una madre adorada, engendre emulaciones y plácemes entre los amigos, rompa el oscuro anónimo ante el público ignorado y levante un pedestal al novel poeta ante la admiración de esos lindos y sentimentales ídolos, más aficionados á los trovadores que á los cantares y á las trovas.

Reunió en este volumen un verdadero álbum de las flores de su ingenio.

No hay que buscar en las poesías coleccionadas suma perfección ni transcendental concepto. Tampoco prevalece en la inspiración preferencia sistemática de una escuela determinada. No es romántico ni clásico: es sencillamente un poeta que lo canta todo, alegre ó apasionadamente, con brioso entusiasmo ó gracejo cómico, según el asunto y la inspiración del momento.

Así viene á justificar gallardamente la frase de Chateaubriand: «*Les poëtes sont des oiseaux: tout bruit les fait chanter.*»

No hay en la lira del joven autor una sola nota de escepti-

cismo. Cree, ama, ríe, describe, canta. Y en sus mismos descuidos se advierte tanta juventud, tanta vida, y un entusiasmo tan lleno de esperanzas, que produce la lectura la grata impresión de los inseguros gorjeos del ruiseñor que ensaya sus primeros himnos á la naturaleza y á los amores, ó la plácida sensación que en un alma tranquila infunde el hermoso amanecer de un día de primavera.

Las décimas «Al Castillo de Alicante», el canto á «Andalucía» y la oda «A la Patria», revelan ciertas condiciones para el género épico y descriptivo; pero entiendo que sobresale más en los dominios de la lírica, como lo muestran las sentidas poesías «A mi madre», «Flores marchitas», «Becquer», «Estrellas y flores» y los cien primorosos juguetes con que el autor ha adornado su libro.

A la última de las citadas composiciones pertenece la siguiente estrofa, en que lo delicado del pensamiento compite con la belleza de la expresión:

Estrellas y flores y castas doncellas
Tan puras, tan bellas,
Hermanas queridas sin duda serán,
Cual perlas brillantes que forma el rocío,
Cual ondas sonoras de mágico río,
Cual notas iguales de un mismo cantar.

Otra de las más lindas poesías del libro del Sr. Chápuli Navarro es la que lleva por título «Lo que es una lágrima», en la cual da muestras de haber comprendido la amargura de que estaba saturado el espíritu del más grande de los bardos ingleses del presente siglo.

En confirmación de este parecer, transcribo el siguiente fragmento, que denota lo bien que el joven poeta domina el romance, cuya mayor dificultad consiste en su aparente sencillez:

. . . . . .
El guerrero que á la muerte
Desafía en la batalla,
Por el laurel seducido
De una gloria imaginaria,
Cuando un valiente enemigo

Sucumbe y cae á su planta,
Se despierta su ternura,
Al desgraciado se abraza
Y deposita en su herida
El bálsamo de *una lágrima*.

Y ese guerrero que acaso
Ahoga en la lucha el alma,
Cuando vuelve venturoso
Al lado de su adorada,
De su fiereza se olvida,
Arroja al suelo las armas,
Y al verse ya junto á *ella*,
Que es el imán de sus ansias,
Los labios posa en sus ojos
En donde brilla *una lágrima*.

¡Mansión de paz y ventura
En donde pasé mi infancia!...
¡En donde la dicha hiciera
Volar mis horas tan rápidas!...
Yo te dejé con tristeza,
Pueblo mío, dulce patria,
Y al dirigirte mi última
Melancólica mirada,
Apenas tu santa iglesia
Vía al través de *una lágrima*.

Aunque me seas perdida,
Dulce ilusión de mi alma,
María, mi ángel divino,
Mi único bien, mi esperanza;
Aunque otro tu amante sea
Y yo sufra pena amarga,
Al acordarme del tiempo
En que «yo te amo» exclamabas,
Me estremezco de tristeza
Y de amor vierto *una lágrima*.
.....

Hay por lo tanto, y en resumen, en este libro, un puro ambiente de juventud y de inspiración; más espontaneidad que estudio, y un alarde simpático de las galas de un ingenio naciente. Salvando los defectos naturales de la inexperiencia, debe apli-

carse á la obra del Sr. Chápuli Navarro el dicho de un célebre escritor francés; de que son muchas de sus poesías «pintura que se mueve y música que piensa.»

No se duerma en sus laureles el nuevo escritor, y cultivando con empeño las letras, y sin desmayar en las amarguras que ofrece la lucha por el ideal y por la gloria, logrará que los triunfos definitivos correspondan á estos brillantes comienzos, pudiendo el voto unánime de la opinión, al cabo de la jornada, dedicar á la musa del autor de Ocios Literarios aquel hermoso juicio impreso con caracteres inmortales por el gran Rioja en sus tercetos de oro:

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.

Andrés Mellado.

ARTÍCULOS Y POESÍAS.

ENRIQUE EL NOBLE Y EL NOBLE ENRIQUE.

(BOCETO DE NOVELA.)

I.

ENRIQUE era un muchacho de carácter jovial, habituado á las costumbres modernas y hecho á todas las consecuencias de una vida llena de emociones y no menos llena de aventuras propias de esa edad en que todo aparece de color de rosa á nuestra vista.

Apenas contaba veintidós años, cuando terminó su carrera de abogado.

Las repetidas invitaciones de un muy amigo suyo, á quien trataba desde sus primeros años, le decidieron—tal vez truncando los propósitos que hiciera de antemano—á pasar unos cuantos meses en compañía de su antiguo camarada, que, con verdadero empeño, le ofrecía su casa, situada en una aldea del alto Aragón.

Enrique, que dicho sea en buena hora, disfrutaba de un mediano patrimonio que le legaron sus mayores, decidió por fin su viaje al pueblecito de Rafael, su amigo, y sin otro aviso que su presencia,

dió con su humanidad en la casa del joven aragonés, después de un trayecto pesado que le dejó los huesos molidos de cansancio.

El novel letrado fué recibido por los padres de Rafael como no era menos de esperar en una familia modesta, y honrada y cuyo único deseo se reducía á llenar todos los caprichos del afortunado primogénito.

El aspecto de la aldea no había producido mala impresión á los ojos de Enrique.

Por otra parte, su amigo Rafael procuraba distraerle, poniendo en juego todos los recursos de que podía disponer.

Estos amigos inseparables salían á caza con bastante frecuencia, echaban sus partidas de carambolas en una mesita francesa que Rafael tenía en sus habitaciones y, por la noche, hacían juntos sus visitas á las familias más acomodadas del pueblo.

Frente al cuarto que Rafael había designado á su huésped, vivía una familia descendiente de la antigua aristocracia aragonesa, y á la cual procuraba visitar el letrado madrileño con más frecuencia que á las demás, merced á la irresistible atracción que llegaron á ejercer en su alma ciertos conatos de amoríos que sostenía con una de las hijas del encopetado marqués de X, dueño de aquella casa.

Luisa, — que así se nombraba el improvisado amor de nuestro joven, — era una muchacha hermosa como una mañana de primavera; rubia como la do-

rada espiga que se cimbrea al leve impulso del aura en las poéticas tardes de Mayo; tímida y sencilla como la mariposa; inocente y tierna como un niño y enamorada y pura y sentimental como un ángel.

El padre de Luisa, era uno de estos hombres orgullosos de sus predecesores; solía renegar del espíritu moderno, que no señala privilegios á los nobles, ni hace aborrecible el dictado de plebeyo; recordaba con verdadera fruición las tradiciones de sus progenitores, y parecía considerarse rebajado con el trato de personas sin título nobiliario ó sin patente de hidalga procedencia.

Las primeras visitas del forastero á la casa de D. Enrique, no dejaron de serle prósperas con respecto á las manifestaciones de la joven. Luisa se dejaba llevar de la primera emoción que las almibaradas frases de Enrique causaron en su alma, presa de horribles contradicciones. Su madre fué la primera en adivinar la crisis por que la joven atravesaba desde que el acaso, tal vez, había llevado á Enrique á su presencia.

Sin embargo, aquélla no ponía obstáculo al repentino deseo que palpitaba en el corazón de Luisa, y ésta no vacilaba en confiar á su cariñosa madre todos los secretos de su alma.

Enrique, entretanto, no perdonaba medio alguno que le proporcionase una corta entrevista con su adorada.

La cuidadosa vigilancia de que la joven era ob-

jeto, merced á bien fundadas sospechas de su padre, que no parecía muy satisfecho de las relaciones de su hija con el enamorado mancebo, acrecentaron mucho más la llama del deseo en el corazón de Luisa.

Apenas si se la permitía salir un momento acompañada de sus hermanas á dar un paseo por el jardín.

Muchas veces la pobre Luisa se sentaba en la parte interior del balcón y se entregaba á los quehaceres propios de su edad. Confeccionaba frutas ó flores artificiales, ó leía una novela de Montepín, un pasaje fantástico de Julio Verne ó una comedia de Calderón; otras veces, bordaba un pañuelo para regalárselo á papá el día de su santo.

Ella siempre con la sonrisa en los labios, aquellos labios purísimos que daban envidia á los claveles entreabiertos, procuraba robar momentos á la labor, cruzando sus miradas con las miradas de Enrique, que no se apartaban jamás de aquella hermosa cabecita de ángel, que parecía flotar á través de las vidrieras, como la seductora imagen de poético sueño que se destaca entre nubes de incienso, ocultando la morbidez de la figura y toda la indescriptible gracia de sus contornos.

Enrique sentía palpitar en el fondo de su alma una serie de imposibles deseos, nuevas aspiraciones y ansias de amor inextinguible que Luisa pudo muy bien adivinar en sus ojos á las primeras entrevistas; y los sentimientos afines de ambos iban estrechando fuertemente los lazos de la simpatía.

Los sueños del pobre Enrique lóso respondían á una noble aspiración en la vida real. La imagen de aquel amor se había encarnado en el cuerpo de Luisa, y en ella cifraba todas las esperanzas de su porvenir y toda su felicidad en la tierra.

II.

La permanencia de Enrique en el pueblo se dilataba mucho más de lo que en un principio había prometido á su cariñoso amigo Rafael, gracias al trato inmejorable de la familia de éste y á la esperanza de llevar á un término lisonjero sus relaciones con la encantadora Luisa.

En todos los actos de D. Enrique observaba el joven abogado cierta indiferencia, frialdad inusitada, cuando éste trataba de sondear la opinión que le habían merecido sus amoríos.

Pero la inquietud del enamorado joven no podía permanecer por más tiempo sin despejar de un modo definitivo su situación.

Habían transcurrido tres meses de continua lucha en el corazón de Enrique, unas veces torturado por la idea de su imposibilidad de dar cumplida realización á sus nobles aspiraciones, y otras lleno de legítimas esperanzas que brotaron al impulso de otra idea refractaria á esa misma imposibilidad.

Ni remotamente pudo imaginar Enrique que el

padre de su adorada opusiera la menor resistencia á sus propósitos.

—Y en verdad,—se decía,—yo soy un hombre honrado lleno de juventud; y si por desdicha mía no heredé un título á que se hicieron acreedores mis padres ó mis abuelos, en cambio puedo ofrecer á esa joven, mecida desde su nacimiento en la espléndida cuna de la aristocracia, un corazón sin mancha, no envilecido al contacto de inicuas pasiones, y sólo abierto á nobles sentimientos que le engrandecen y le hacen digno de ser correspondido por esa mujer que adoro con toda la efusión de mi alma.

Por fin, llegó el momento oportuno, y entonces pudo Enrique salir de aquella incertidumbre que le devoraba.

III.

Rafael, aun conociendo que todas las ilusiones de Enrique podrían caer en la más triste de las decepciones, lejos de contrariar los deseos de su amigo, seguía el curso de sus amores, lamentándose del papel ridículo que ambos representaban en las reuniones del marqués.

D. Enrique no podía sustraerse á tales manifestaciones, y muchas veces mostró á Luisa verdadera indignación por la conducta que ella misma permitía observar á Enrique, sin conocer de antemano su vo-

luntad como padre, á la cual era preciso sacrificar los caprichos de su juventud, no siempre acordes, decía, con la verdadera conveniencia social.

Enrique, ciego ante la hermosa perspectiva de su ideal, no encontraba siquiera una nube que empañase su soñada felicidad, y una de las noches en que creyó adivinar en el padre de Luisa tendencias más favorables á sus proyectos, le dijo:

—D. Enrique: ha tenido V. ocasión de observar que su hija es la mujer que elijo por compañera, si es que V. no tiene inconveniente en otorgar su permiso. Si no soy rico, soy honrado; si no poseo un título de nobleza que coincida con la nobleza de mis actos, puedo ofrecerla en cambio otro título adquirido á costa de algunos sacrificios, que me proporcionará medios de vivir con decoro, y que puede ser la base de mi porvenir.

—Su conducta, joven,—contestó D. Enrique con altivez,—es irreprochable hasta el presente. Es V. honrado en demasía; y por eso le he consentido traspasar los umbrales de mi casa; sé que mi hija le quiere, y que es V. también harto digno de su mano; pero al propio tiempo le diré, y yo lo deploro, que no es mi voluntad como padre, que ese matrimonio se realice. Los motivos que á ello me inducen, permítame que los reserve para el caso de que su insistencia en tal proyecto me obligue á indicárselos.

Los instantes que mediaron en este horrible diá-

logo fueron siglos de verdadera angustia en el corazón de Enrique.

Aquella contestación, por lo inesperada, produjo en su pecho aún más desastrosos efectos.

Triste, inmóvil, silencioso, permaneció unos instantes cual si una inmensa oleada de sangre hubiese ahogado la voz de su garganta.

De pronto, con entrecortada frase, repuso:

—Me deja V. asombrado con tan extraña respuesta, D. Enrique; y á fe mía que de no estar seguro de su altivez, le había de exigir el relato de esos motivos que le inducen á la negativa. Pero es inútil, y sólo me resta pedirle perdón por el paso que acabo de dar; mas tenga en cuenta que al cerrarme las puertas de la legalidad, será responsable de lo que pueda ocurrir. Tal conducta pudiera serle perjudicial, toda vez que me coloca y coloca á su hija al borde del precipicio.

—No admito amenazas, ni acostumbro á dar explicaciones. Ya conoce V. mi decisión, y por lo tanto, es inútil que se esfuerce en contrariarla,—replicó con energía D. Enrique.

—Si le molesta mi presencia, me retiro, señor marqués,—replicó el joven con mal disimulada tristeza.

—Haga V. lo que le plazca,—añadió D. Enrique simulando un mohín de insensato desprecio que produjo en el joven un arranque de silenciosa indignación.

Enrique abandonó la casa del marqués y apenas pudo contener una lágrima de profunda agonía que se deslizaba de sus mejillas.

Aquel diálogo había destruído en un momento sus más risueñas esperanzas.

La incertidumbre abrió paso á la amarguísima realidad que le hacía mucho más insoportable la vida.

Entonces fué cuando Enrique llegó á concebir la idea del suicidio, y entonces comprendió el triste desenlace que le esperaba.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Un mundo de ideas inundaba su imaginación, y no en vano intentó buscar la que había de constituir su último recurso.

¡Cuán preferible es á veces la incertidumbre, si la realidad ha de privar á nuestros corazones del reparador consuelo de la esperanza!

IV.

Cuando á la mañana siguiente penetraba Rafael en el cuarto de su huésped, le encontró sumamente pálido y desencajado.

La noche había sido terrible. Sin duda para el alma dolorida se han hecho las noches interminables.

Enrique, en cuanto vió á su fiel amigo, tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Oh, querido Rafael! ¡Cuán desgraciado me

ha hecho esa mujer por quien sacrificaría con gusto mi existencia, si en ella consistiese su felicidad!...

—Tú, siempre has de ser el mismo. Á la menor contrariedad, ya desconfías del éxito. Si yo dispusiera en tu caso de los medios que están á tu alcance..., ¡qué había de retroceder!... Pero eres como Dios te hizo, y basta....

—Tienes razón, amigo mío; cuanto yo te diga es inexacto, y espero que me perdones. Ya ves, no soy más que un pobre diablo, un visionario ridículo, y un abogado sin pleitos, á quien un hombre no quiere recibir en su casa porque he llegado á la vida sin un pergamino, sin una carta de recomendación.

—Vamos, vamos, Enrique, no digas tonterías. A mí me consta que todas esas dificultades con que tropiezas, sólo obedecen á las condiciones de carácter de D. Enrique, á quien hay que dispensar en gracia á sus años.

Yo creo que ese hombre se opone á todo por sistema; tanto, que no se le propone una cosa que no considere absurda, que no combata con todas sus fuerzas. Deja pasar unos días y no precipites el curso de los acontecimientos. Luisa te quiere, me consta por lo que yo he visto con mis propios ojos; y sobre todo, Pedro, el mayordomo de la casa, me hace el proceso diario de lo que ocurre, asegurando que la pobre Luisa sostiene una lucha titánica con su padre...

En fin, yo creo, y no creo mal, que esta oposición de que son objeto tus relaciones con Luisa os es con-

veniente á los dos, y á ti mucho más que á ella. La privación acrecienta el deseo; y tú sabes que no hay mejor cosa en las mujeres que contrariarlas un capricho del momento para que ya lo consideren un deber que es preciso sostener á toda costa.

Estas sencillas frases de Rafael tranquilizaron un poco al contrariado amante de Luisa.

—Tu opinión, mi querido amigo, me satisface en extremo,—dijo Enrique, procurando disimular un tanto su melancólica afectación;—seguiré tus buenos consejos, amigo mío; pero es preciso que salga victorioso en la contienda, y venceré, aunque de ello dependa mi vida. Cuento con tu incondicional apoyo, y me basta. Llega la hora de probar hasta dónde llega tu amistad, y yo me prometo compensar tus favores hasta con mi propia sangre. ¿Cuento con tu protección, querido Rafael?—añadió Enrique con cierto aire de enérgica resolución.

—¡Hasta morir!—contestó Rafael con acento solemne.

—Gracias, amigo mío; tú eres bueno y comprenderás mi situación. Sólo reclamo de tu amistad un sacrificio; guardar profundo silencio á todos mis actos. Lo demás, corre todo de mi cuenta.

—Ahora te ruego me dejes un momento á solas con mis recuerdos. Quiero dedicarlos íntegros á mi adorada Luisa, y meditar mis planes para abordar el asunto pronto, muy pronto, tal vez hoy mismo.

Rafael obedeció, creyendo notar en el semblante

de su amigo, así como el luminoso rayo de una idea feliz que le facilitase el medio digno de llevar á cabo sus nobles aspiraciones.

Enrique quedó solo por algunos instantes y empezó sus primeras gestiones.

El plan, por lo visto, estaba sabiamente urdido, según afirmó Enrique en presencia de su honrado confidente; pero el amante de Luisa no confió, sin embargo, detalle alguno de su embrionario proyecto, y nadie, absolutamente nadie, podía descifrar el enigma forjado por aquella imaginación loca, torturada continuamente, llena de fantásticas ilusiones, asaltada por ideas imposibles.

. . . . . .

Trascurrieron algunas horas, y Enrique se hallaba todavía en su habitación, cuando de pronto vió aparecer á su amigo Rafael con un pliego en la mano y con aire de mal disimulada alegría.

—Mira, mira, Enrique, una carta de Luisa que acaba de traer Pedro, su mayordomo, con expreso encargo de que te sea entregada con urgencia.

Enrique se puso lívido, tembloroso, y cogiendo con vehemencia el mensaje de la mujer por quien estaba dispuesto á sacrificar su vida, leyó las siguientes líneas:

«ENRIQUE:

»Ya conoces mi opinión con respecto á lo que me dices en tu apasionada carta de hoy. Estoy conforme,

y lo deseo vivamente en vista de la conducta poco favorable de mi padre.

»Considero posible que dentro de pocas horas salga de mi casa acompañada de él mismo; y según he oído confusamente, se proyecta encerrarme en un colegio de Huesca, donde será difícil que nos volvamos á ver en mucho tiempo.

»Para realizar nuestro plan, es necesario que anuncies tu salida para Madrid esta misma noche, y que te quedes en casa, procurando que nadie descubra tu permanencia en el pueblo. Mi padre se enterará de tu supuesto viaje, y ya puedo disfrutar de alguna libertad de que hoy carezco en absoluto.

»Ya estoy de acuerdo con Pedro, y mañana á las doce de la noche podré salir hasta la verja del jardín contigua á la carretera. Espérame allí, prepara medios para nuestra fuga en el acto, y guarda mucho sigilo.

»Tuya para siempre ó de nadie,—LUISA.»

Enrique sentía renacer por momentos la esperanza de una ventura indecible, de una felicidad eterna con que traducía el amor de Luisa, más de una vez contrariado por insuperables escollos, por las sombras del dolor que anublaban su espíritu haciendo interminable la tormentosa noche de su existencia.

La realización de tantas dichas soñadas por Enrique, se veía llegar con precipitado paso... y ¿quién detiene los embates de un alma juvenil y enamorada?

¡Oh! ¡La carta de Luisa era una puerta del cielo que se abría para el joven Enrique, haciendo accesible á su paso la entrada en la mansión de la felicidad eterna!

V.

Las horas que transcurrieron desde que Enrique recibió la carta de Luisa, á la realización del proyecto, no fueron horas sino interminables siglos que ponían á prueba la exagerada impaciencia del forastero.

¡Pero al fin... llegó! Por los alrededores del pueblo apenas se percibía el rumor del viento que azotaba ligeramente los árboles.

Las campanas de la torre de la aldea interrumpieron aquel profundo silencio con el eco de sus metálicas vibraciones, y entre las sombras que la indecisa claridad de la luna proyectaba sobre la superficie del camino, junto á la verja de un jardín, vióse cruzar con medroso paso á un joven, luego detener un instante su marcha, mediar un breve diálogo á través de aquella verja; oyéronse después dos suspiros á unísono, y más tarde una exclamación sigilosa de alegría envuelta entre el placer de una victoria...

Se reanudaron los instantes de profundo silencio antes de emprender la huída; las ligeras nubecillas que enturbiaban el mortecino resplandor de la luna, disipáronse de pronto, y un tenue rayo iluminó el

hermoso semblante de Luisa, denunciando su palidez cadavérica.

. . . . . .

—¡Oh rayo indiscreto! ¡Tú eres el único testigo de mi ventura! ¡Tu claridad viene á esparcirse en el alma, como una inmensa oleada de fuego que enardece mi corazón, y me presta aliento en este trance de mi vida!

¡Sé, pues, mudo testigo de mi victoria, y encamina nuestros pasos por senderos que nos lleven á la mansión de la dicha!

Estas frases se escaparon de los trémulos labios de Enrique, mientras una voz angelical murmuraba á su oído:

—¡Huyamos!... ¡Huyamos!

VI.

A la mañana siguiente, cuando el marqués se enteró de lo acontecido, la primera frase que pronunciaron sus labios, fué de dolorosa indignación; el primer grito, de sañuda venganza...

Luisa dejó una carta dirigida á su madre, en la que impetraba su perdón por el acto que había de consumar llevada de su amor por Enrique, al cual se oponía su padre con tan inaudita tenacidad. En esa carta anunció también su paradero, y éste era una

quinta que D. Enrique poseía en las inmediaciones del pueblo de B..., situado á tres leguas de su casa paterna.

El sigilo que la familia de Luisa procuró guardar, no fué obstáculo para que las sencillas gentes de la aldea se enteraran del hecho, que produjo entre todos honda sensación.

D. Enrique quiso saciar al instante su abrasadora sed de venganza en el hombre que había manchado su honra; mas esto no bastaba á ponerla á cubierto, y ya el juicio sereno empezaba á encaminar sus pasos por otros senderos menos peligrosos y más dignos de un hombre honrado.

El arrepentimiento fué inmediato en D. Enrique; y sin dar tregua á sus afanes, y olvidando su injustificada altivez, emprendió el camino que conducía al sitio donde moraba la enamorada pareja, unas veces lleno de confianza en la nobleza del seductor de su hija, que había de poner á salvo su honor; otras, pensando que Enrique pudiera vengarse de las injurias de que había sido objeto, rehusando la mano de Luisa, después del acto que acababa de verificar.

Oigamos las frases que mediaron en la entrevista del padre con los enamorados jóvenes:

—¡Ah, Luisa! Eres indigna del nombre que llevas... ¿Acaso se educó tu alma en el sentimiento del cariño paternal para que luego hicieras uso de tan infame traición, contrariando mis propósitos?...

—¡Padre mío!... ¡Perdón!—murmuraba Luisa postrada á los pies de su padre.

—No lo merece tu abominable conducta... Y V., Enrique, ha abusado de la inocencia para echar un baldón sobre mi nombre. El arrepentimiento no bastaría á borrarlo; es V. un miserable, y le desprecio por no limpiar con tan innoble sangre la afrenta que ha caído sobre mi honor.

—¡D. Enrique!—profirió el joven con entereza,—si el dolor no le autorizase en estos momentos para dirigirme esas palabras, desde luego las rechazaría enérgicamente; es V. padre, y le concedo ese derecho, no porque mis actos merezcan repudio, sí porque mi deber es mostrar profundo respeto á la ancianidad. Después de lo ocurrido, no ignora V. que su hija pudiera ser mi querida...

—¡Nunca!—repuso el marqués sin poder dominar sus ímpetus de energía.—¡Antes la muerte que mi deshonra!...

—¡Padre mío!—murmuraba Luisa sollozando.

—La prudencia le será conveniente, señor marqués; vea V. que soy un hombre honrado, á quien no se desprecia impunemente.

—¡Infame!...

—¡Calma! No hay que agitarse, D. Enrique; yo amo á su hija, hoy tan pura como ayer, y estoy dispuesto á darla mi nombre cuando guste. Vea, pues, si anhelo hacerla mi esposa, y juzgue friamente si merezco su perdón.

Y diciendo estas frases, cayó de rodillas á las plantas del marqués.

—¡Levántese V., Enrique!—murmuró el padre de Luisa sollozando.—Es V. digno ahora de mi reconocimiento por su conducta de hombre honrado. Mi hija es de V.

—¡Oh padre mío! ¡Gracias! Esas palabras me han hecho el más dichoso de los hombres y han abierto á mi alma su soñado paraíso. De V. es mi vida, si con ella cree que satisfago la gratitud que me inspira tanta benevolencia.

Y en tanto Enrique y Luisa esperaban de rodillas la bendición paternal, quedó el grupo confundido en estrecho y cariñoso abrazo.

VII.

El carácter de D. Enrique sufrió repentina transformación.

Los enamorados jóvenes fueron felices, y la paz y la ventura encontraron su nido más risueño en aquella morada.

EL CASTILLO DE ALICANTE.

Bajo un cielo azul sereno
Destácase humildemente,
Alto castillo imponente
Que circunda campo ameno.
De gloria, de hazañas lleno
Y emblema de la lealtad,
Álzase con majestad
Trepando hasta lo infinito,
Masa informe de granito
Que domina la ciudad.

Sobre altivo murallón
Ni humillado ni rendido,
Tremola en mástil erguido
Rojo y gualdo pabellón;
Y para eterno blasón
De su grandeza inmortal,
Se extiende sobre el cristal
De un mar puro y transparente,
Que acaricia blandamente
Su falda meridional.

Ilice de las legiones
De Grecia y Cartago fieras,
Que clavaron sus banderas
Tras de sus pardos torreones.
Cien valientes campeones
Luchan con tenaz empeño,

Y en su letárgico sueño
De codicia por el fuerte,
Cupo al romano la suerte
De proclamarse su dueño.

El moro en su asaz firmeza
Le opone su rudo embate,
Y en el fragor de un combate
Se rinde la fortaleza.
Mas sus hijos con fiereza,
Sacudiendo el yugo airado,
Han vencido y levantado
De la guerra en los furores,
Un pueblo por invasores
Tantas veces derribado.

De aquel fuerte en las entrañas
Se ven oscuras prisiones
En que bizarros varones
Purgaron viles patrañas.
Un Alfonso en sus hazañas,
Que espanto del moro fué,
Exclama cuando le ve
Desde su alcázar glorioso:
«*Es el más firme y hermoso*
Baluarte de mi fe.»

El férreo poder feudal
Mil veces en su recinto,
Vió su acero en sangre tinto
De algún plebeyo leal.
Mas el gigante inmortal
Nunca rindió su pujanza,
Ni al temor de la venganza,
Ni á la ambición de un caudillo,
Ni al rechinar del cuchillo,
Ni al furor de la matanza.

Digno fué de un galardón
En los tiempos del reinado
De Fernando el Emplazado,
Un don Jaime de Aragón.
Propia y ajena ambición
Llevóle allí con su gente;
Y de otro caudillo enfrente,
Y cuerpo á cuerpo luchando,
No la asaltó, sino hollando
Los despojos de un valiente.

Bajo la mole temida
De este coloso de piedra
Sembrado de oculta hiedra,
He despertado á la vida.
Y aún hoy ¡oh patria querida!
En tu grandeza al soñar,
Viene mi oído á turbar
En confusas bataholas,
El murmullo de las olas
De tu cristalino mar.

A su sombra protectora
Pasar vi en siniestra calma
Las tempestades que al alma
Dió mi mente soñadora.
De su luz germinadora
Brotan recuerdos prolijos;
Y en ti ¡oh patria! siempre fijos
Mis goces y mis lamentos,
Tuyos son los pensamientos
Del más débil de tus hijos.

Y aunque á ti por siempre unido
Con el ansia del deseo,
Hoy en la ausencia, me veo
De tus brazos desprendido.

Mas de patrio amor henchido
Por tus recuerdos de gloria,
Fiel consagro una memoria
A esta antigua fortaleza,
Que esmalta con su grandeza
Las páginas de tu historia.

Manila, Noviembre, 1883.

FLORES MARCHITAS.

Como liba el insecto de las flores
El perfume y la savia,
En mi pecho tu olvido, ha marchitado
La flor de la esperanza.

Del tallo de esas flores que murieron
Nacen flores lozanas,
Entreabriendo su cáliz al arrullo
De la fresca mañana.

Mas en un corazón que sólo engendra
Abrasadoras lágrimas,
Cuando muere esa flor, eterna vive
La tristeza del alma.

EL POETA.

Tiene en su loco ardimiento
Consuelo á su pena impía,
Buscando en el firmamento
La armoniosa poesía,
Que es la flor del pensamiento.

LO QUE ES UNA LÁGRIMA.

(IMITACIÓN DE BYRON.)

Cuando el amor casto y puro
Su fuego enciende en el alma,
Ó á impulsos se agita el pecho
De una amistad noble y santa,
No asoma al labio sonrisa,
Sirena que acaso engaña;
Pero brilla en nuestros ojos
Pura, cristalina, diáfana,
De nuestra emoción el signo,
Perla del alma, *una lágrima.*

Reir cuando el alma goza
Cuando quiere, cuando ama,
No es el lenguaje sublime
Que la pasión nos arranca;
Acaso la risa, á veces,
Es la artificiosa máscara
Con que el hipócrita oculta
Implacable, fiera saña.
Para expresar nuestra dicha
No hay nada como *una lágrima.*

La Caridad, que del Cielo
Desciende á nuestra morada
A inspirarnos la ternura

Que á los buenos acompaña,
Hija del Cielo que presta
Bálsamo del Cielo al alma,
Que acude á borrar solícita
Las huellas de las desgracia,
Allí brilla más hermosa
En donde brilla *una lágrima.*

El nauta que altivo cruza
El mar en fiera borrasca,
Cuando va á dejar el puerto
Do acaso queda su amada,
Y entrega al airado soplo
Del viento, la vela blanca,
Acaso dirige al Cielo
Melancólica mirada,
Mientras que rueda al abismo
De sus ojos *una lágrima.*

El guerrero que á la muerte
Desafía en la batalla,
Por el laurel seducido
De una gloria imaginaria,
Cuando un valiente enemigo
Sucumbe y cae á su planta,
Se despierta su ternura,
Al desgraciado se abraza
Y deposita en su herida
El bálsamo de *una lágrima.*

Y ese guerrero que acaso
Ahoga en la lucha el alma,
Cuando vuelve venturoso
Al lado de su adorada,
De su fiereza se olvida,
Arroja al suelo las armas,
Y al verse ya junto á *ella,*

Que es el imán de sus ansias,
Los labios posa en sus ojos
En donde brilla *una lágrima.*

¡Mansión de paz y ventura
En donde pasé mi infancia!...
¡En donde la dicha hiciera
Volar mis horas tan rápidas!...
Yo te dejé con tristeza,
Pueblo mío, dulce patria,
Y al dirigirte mi última
Melancólica mirada,
Apenas tu santa iglesia
Vía al través de *una lágrima.*

Aunque me seas perdida,
Dulce ilusión de mi alma,
María, mi ángel divino,
Mi único bien, mi esperanza;
Aunque otro tu amante sea
Y yo sufra pena amarga,
Al acordarme del tiempo
En que «yo te amo» exclamabas,
Me estremezco de tristeza
Y de amor vierto *una lágrima.*

Hoy que á otro hombre te unen
Lazos que nadie desata,
Yo al cielo, por tu ventura,
Alzo ferviente plegaria.
Yo te perdono, María,
El dolor que me desgarra
Y que tú... primero amante,
Causaste después ingrata;
Yo te perdono y te envío
Mi perdón con *una lágrima.*

. . . . . .

Cuando mi alma alce su vuelo
A la mansión de las almas,
Y el cuerpo también al polvo
Vuelva la prenda prestada,
Si pasáis acaso cerca
De mi tumba funeraria,
Sobre las frías cenizas
Que guarde la muerte airada,
Depositad apiadados
El rocío de *una lágrima.*

Pero que entonces mi tumba
No brille en mármol labrada;
No quiero rico mausóleo
Que la vanidad levanta
En el lugar de la muerte
Donde el orgullo no acaba;
No quiero emblemas mentidos,
No quiero glorias livianas,
Yo para entonces al mundo
Tan sólo pido *una lágrima.*

ESTRELLAS, FLORES, MUJERES.

I.

Cual flores del Cielo, brillantes estrellas
Tan puras, tan bellas,
Al mundo sus rayos envían amor,
Y un alma no existe que no haya consuelo
De un ángel querido que habita en el Cielo
Con forma de estrella de tibio fulgor.

II.

Estrellas del prado las mágicas flores,
Aromas, colores
Nos brindan que al alma seducen tal vez,
Y flor nunca existe que no haya su amado
Viviendo dichosa y hallando en el prado
Su amor y su vida, su encanto y su bien.

III.

Estrellas del alma, del alma la flores
Nos brindan amores
Las castas doncellas de encantos sin fin,
Pues es cada una la flor misteriosa
De luz apacible, la estrella amorosa
Que guía y que hace á otra alma feliz.

IV.

Estrellas y flores y castas doncellas
Tan puras, tan bellas,
Hermanas queridas sin duda serán,
Cual perlas brillantes que forma el rocío,
Cual ondas sonoras de mágico río,
Cual notas iguales de un mismo cantar.

Á MI MADRE.

¿Te acuerdas, madre querida,
Cuando en mi niñez pasada
En las flores y en el campo
Todo mi anhelo cifraba?
¡Oh, cuán feliz era entonces
El hijo de tus entrañas,
Siempre oyendo tus caricias
Y tus fervientes plegarias!
¡Qué halagüeña es la memoria
De las noches sosegadas,
Que en tu regazo dormía
Y en tus brazos despertaba!
¡Cuán dulces aquellos sueños
Que en la inocencia del alma
Deslizábanse los días
Sin suspiros y sin lágrimas!
Son aún más tristes en mí
Los recuerdos de la infancia,
Cuanto más por el destino
Nuestra ausencia se dilata.
¡Malhadados estos tiempos
Que de aquéllos, madre amada,
Me robaron tus caricias,
Tus besos y tus palabras!

. . . . . .

. . . . . .

¡Ay! ¡Cuánto pienso en las horas
De aquellas frescas mañanas,

En que cruzábamos juntos
El jardín de nuestra casa,
Yo, sonriendo de júbilo,
Tú, de mi brazo apoyada,
En coger te entretenías
Rosas cubiertas de escarcha!
¿Y aquellas tardes serenas,
Tan puras cual nuestras almas?
¿Cuándo volverán? ¡Dios mío!...
¡Cuándo podré yo olvidarlas!...

Manila, Diciembre de 1883.

INCONSTANCIA.

Al contemplar la luz esplendorosa
De tus negras pupilas,
Si una lágrima brota de mis ojos,
De tus labios se escapa una sonrisa.

En tu pecho y el mío es do se engendran
Contrastes de la vida,
Pues te hizo Dios, aun siendo tan hermosa,
Como una estatua, encantadora y fría.

Del corazón es símbolo esa rosa
Que en tu seno se agita;
Yo fuí todo vehemencia, tú el estéril
Soplo que el tallo de la flor inclina.

RISAS Y RISAS.

Si sólo te dió vida la hermosura
Para inspirar amor,
¿Por qué al nacer no habrá dado á tu pecho
Mi ardiente corazón?...

Para mayor contraste, tú sonries
Mientras sonrío yo,
Y es que en tu labio la sonrisa es cierta,
Pero en mi labio, no.

EL ETERNO CONTRASTE.

Á LA SEÑORITA

D.ª TERESA MUÑOZ.

I.

Entre una campiña fértil,
Una solariega casa
Divisábase sombría
Desde mi aldea cercana.
De dos esposos felices
Era la invernal morada,
Cuna de dulces placeres
En que amor se respiraba.
Laura y Enrique vivían
En vida muy sosegada;
El, apuesto caballero
Loco de amor por su dama;
Ella, respeto y cariño
Fiel á Enrique consagraba,
Que si apuesto era el galán
Aun más hermosa era Laura.
En las tardes más serenas,
Enrique y su hermosa dama
Salían á respirar
La atmósfera perfumada
Del jardín, desde el alféizar
De pintoresca ventana

Por cuyos delgados hierros
Las flores se entrelazaban.

.....

II.

—¿Ves cuán hermoso está el campo?—
Él dijo un día á su amada,
Mientras que en su pura frente
De un beso el ardor dejaba.—
¿No sientes, en esas horas
En que está tranquila el alma,
Despertar los pajarillos
Al murmullo de las auras?
¿Y esas frondosas praderas
Que dora la luz del alba,
Y esa sublime armonía
De la fuentecilla clara,
En cuyas márgenes vierte
Su limpio cristal de plata?...
¿No es cierto que ante este cuadro
Nuestro corazón se ensancha?—
—¡Oh, sí!—le dijo—sabiendo
Que estoy de ti enamorada,
¿Cómo á tu lado, bien mío,
Tanto edén no me encantara?—
—Contempla el azul del cielo;
Ni una nubecilla blanca
De su esfera de zafiros
El claro esplendor empaña.
La tarde va declinando;
Mira el sol en lontananza,
Cuál su disco luminoso
Hasta el ocaso dilata.
Y ese dorado crepúsculo
Que absorbe nuestras miradas,
Ya nos invita al diario

Paseo por la enramada.
Vamos, pues, hermosa mía,
Que tu presencia reclaman
Esos frondosos verjeles
Do nuestro amor se agiganta.
Ya en el jardín, si el rocío
Llena sus flores de escarcha,
Parece que por tu ausencia
Vierten abundantes lágrimas.
.....

III.

Cruzaron ambos esposos
La campiña solitaria,
Y apenas turbó el silencio
El eco de las campanas,
Que, de la próxima aldea
Con voz lúgubre, anunciaban
La hora á sus fieles hijos
De los rezos y plegarias,
Cuando por aquellos campos
Que las flores enbalsaman,
Y por senderos angostos
Que al lugar acceso daban,
Una pobre, hermosa niña,
De ojos negros, de tez blanca,
Cruzó con paso tranquilo,
De la mano de una anciana.
En sus ojos apagados,
Que eran espejo del alma,
La tristeza del mendigo
Indeleble se mostraba.
Y ante aquel cuadro tan triste,
Que fiel mi memoria guarda,
Sintieron los dos amantes
Tal vez interés y lástima.

IV.

Enrique, con noble acento,
Dijo amoroso á su Laura:
—Hay contrastes en la vida
Tan horribles, niña amada,
Que á cada paso se encuentran
Las sonrisas y las lágrimas.
Todo es gloria entre nosotros;
Todo paz, ventura y calma.
Mira en cambio á los que imploran
De la inclemencia mundana,
Un albergue que les cubra
De la noche en las heladas.
Sin pan que dar á sus hijos,
Envueltos en la desgracia;
Sin otro amparo en la vida
Que la caridad cristiana.
Para esas gentes que viven
De la miseria acosadas,
¡Cuán triste ha de ser el mundo!
¡La existencia, cuán amarga!

V.

Así dijo el noble esposo,
Mientras ella, emocionada,
Le interrumpió candorosa
Con estas dulces palabras:
—Oye, Enrique, ¿te parece
Que á esa niña y á esa anciana
Demos esta noche asilo
En nuestra propia morada?
—¡Oh, sí!—dijo Enrique al punto.—
Ya sabes, esposa cara,
Que siempre fué para mí

La hospitalidad sagrada.
Nada al corazón más grato
Que una virtud que le ensalza...
Y ella prorrumpió:—¡Ay, Enrique!
¡Qué hermosa tienes el alma!

VI.

La anciana y la pobre niña
De ojos negros, de tez blanca,
Encontraron dulce abrigo
En la solariega casa.
Que Dios, al rico y al pobre
Con mano invisible enlaza,
Por ver bajo un mismo techo
Las dichas y las desgracias.

. . . . . .
. . . . . .

Así, en eterno contraste,
Fugaz nuestra vida pasa,
Mezclando entre los placeres
Las tristezas y las lágrimas.

LA MUERTE.

Trasunto fiel de errante peregrino
Que va sin norte por la selva oscura,
Es la mente que busca en su locura
La mano que trazó nuestro destino.
Difundiendo la luz en su camino
Ve el misterio que engendra la tristura,
Y aún más crece su afán y su tortura
Cuanto más brilla su saber divino.
Si de la muerte inevitable y cierta
El ciego ante esa luz marcha en declive,
Sin que el abismo de su fin advierta;
Si de éste sólo el sabio se apercibe,
Porque del sueño del error despierta,
Envidio al necio que ignorando vive.

LA CARIDAD.

Ya percibe mi mente soñadora
Tu santa bendición del alto Cielo;
Tú eres del pobre el eternal consuelo,
Tú mitigas las penas del que llora;
¡Oh, Caridad! Tu sombra bienhechora
Pródiga cubre nuestro humilde suelo,
Y es origen del bien, virtud que anhelo
Del cristianismo en la esplendente aurora.
Tú eres la antorcha soberana y pura
Que de la vida en el mortal camino,
Dentro del alma sin cesar fulgura.
Sin ese resplandor áureo y divino
Que nos envía Dios desde su altura...
¡Cuán amarga es la idea del destino!

¡UN AÑO MÁS!

(FRAGMENTOS DE UN POEMA INÉDITO.)

Á MI QUERIDO TÍO

DON CARLOS NAVARRO Y RODRIGO.

I.

Veintiún años cumplí. ¡Quién me diría
Que en el período en que la mente empieza
A soñar con el ansia de placeres
Que ofrece el mundo en nuestra edad primera;
Quién pensara ¡ay de mí! que al cabo de ellos,
Cerebro y corazón en lucha eterna,
No gozara ni el dulce amor que infunde
Nuestra madre común Naturaleza?
Y vivo por vivir. Y en mi destino,
Oscuro como un fondo de caverna,
Aun creo divisar cuál brilla un punto
De la esperanza y la virtud emblema.
Todos pensamos ¡ay! que el tiempo pasa
Ante esta pobre y mísera existencia,
Sin meditar que el tiempo es en la vida,
De nuestro espíritu eternal ribera.
Yo quisiera otra vez, de aquella madre
Que me separa una distancia inmensa,
Tornar á su regazo siendo un niño
Y dormirme á sus dulces cantinelas.
Siempre soñar con infantiles goces
Y despertar en la ardorosa siesta,
Al crujir de sus ósculos, tan puros
Como el alma que vive en la inocencia.

Mas calle al corazón, y en su recuerdo
Cifre el sostén de sus amargas penas,
De mi historia una página sublime,
De mi vida la dulce primavera.

II.

Poco vale el rumor de una armonía
Para expresar cuanto mi mente crea,
En tanto que interrumpe los latidos
Del corazón la muchedumbre inquieta.
En oscuro rincón de mi morada,
Apartado del mundo y sus miserias,
Llegar siento hasta mí con torpe intento
De las pasiones la infernal hoguera.
¡Dejadme meditar conmigo á solas
Y callad de una vez, labios y lenguas!
Que yo abomino la calumnia infame,
Demoledora cual atroz piqueta.
Yo vivo entre vosotros como el pájaro
Que al rigor del invierno y las tormentas,
Cruza confines con potente vuelo
Para tornar más tarde á su vivienda.
Mi cuerpo es vuestro, porque el cuerpo solo
Es dura ley que baje hasta la tierra;
Pero el soplo divino que me anima
Y siente y sufre y que medita y piensa...
Ese no es tuyo, humanidad injusta;
Ese hasta Dios con la virtud se eleva,
En tanto lucha la razón dormida
Con mis eternos sueños de poeta.
Dejad mi pensamiento siempre fijo
En aquel Sér que el corazón venera...
¡Todo en el mundo es sublunar y triste!
¡Todo allá en las alturas es grandeza!

. . . . . .

III.

Ya la turba infernal calla y se esconde
En el silencio y la quietud siniestra
De triste noche; de un reloj cercano
Acompasado el péndulo golpea.
¡Las doce son! Y aun llegan á mi oído,
Entre el céfiro blando que refresca
Los vidrios del balcón de mi aposento,
Murmullos y palabras incompletas.
Ecos y voces que en conjunto extraño
Se escapan del salón y el aire pueblan
De otros tantos insectos invisibles
Que flotan, y respiran, y envenenan.
¡La sociedad! El foco donde manan
Esas calumnias que, en la edad moderna,
Se profieren y son para las honras
Como el carbón, que si no mancha, quema.
Aún sigue á la maldad rindiendo culto,
Y en tanto el mundo, mientras mundo sea,
Formará sus conciertos inarmónicos
Con el grito infernal de las conciencias.
¡Ah! Si esa ley que emana desde el cielo
Es la que impulsa y rige tanta guerra,
Perennal exterminio del linaje
Y eterno destructor de las creencias...
¡Haced que el hombre á la virtud se entregue
Despreciando su efímera grandeza!
Si no queréis ¡oh Dios! que á los abismos
De la maldad mi espíritu descienda.
Mi fe creyente, mi esperanza y gloria
Cifro de Vos en la infinita esencia,
Inagotable cual poder divino,
Fuente abundosa de bondad suprema.
Yo adivino al Motor de lo creado
A través de los astros que voltean,

Y en el mundo tangible de la forma
Y en el mundo impalpable de la idea.
Y en el cóncavo azul del firmamento,
Y en lo inmenso del mar y de la esfera,
Y en la luz sideral que nos da vida,
Y en la penumbra asaz de las tinieblas.
Y en los perfumes de la flor lozana,
Y en la aridez que sienten las arenas,
Y en el viento que arrastra los arbustos,
Y en el claro esplendor de las estrellas.
Y en el silencio de la noche oscura,
Y en el velo tupido de la niebla,
Y en las nubes que visten negro manto,
Y en los destellos que la luna engendra.
Y en el río que nace, salta y corre
Á confundirse con la mar serena,
Y en el carro flamígero de Apolo,
Y en el orden que giran los planetas.

....

IV.

¡Un año más! Dos páginas del libro
Que en el vasto erial de mi existencia,
Significan un átomo de dichas
Entre un mundo infinito de tristezas.
Y aún en blanco figuran tantas hojas,
Que aterrado mi espíritu contempla
Los años que he de estar sin desprenderme
Del lazo que me liga á la materia.
¡Al tiempo, sí! Dejemos mi destino
Á ese viejo caduco que espolea
Mi espíritu, y transforma, y aniquila
Cuanto organismo á su poder sujeta.
La lámpara que alumbra mi morada
Al influjo del gas que la alimenta,

En las sombras levanta mil espectros,
Mi vista ante los cuales se recrea.
¡Venid á mí, fantasmas de la muerte,
Si sois trasunto de la luz interna
Que germina en mi mente soñadora
Y se nutre al calor de las ideas!
De mi cerebro en el recinto lúgubre
Siento al par que la lumbre, las tinieblas,
Y en su fondo se agitan y revuelven
Las visiones sin fin que me rodean.
Mi mente es el espejo misterioso
En que la faz del orbe se refleja,
La máquina que impulsa mis acciones
Y que da vida á mi pasión secreta.
Indomable corcel que en su delirio
Traspasa el mundo con veloz carrera,
Donde mora la imagen de mis sueños
Que sube al cielo en espiral inmensa.

.....

V.

¡Un año más! Y sigo al coro indócil
De este mundo lanzando mi anatema,
Mientras el vicio, y la maldad, y el crimen
De la noble virtud se enseñorean.
El rico seguirá gozando alegre
La vanidad que en su palacio ostenta,
En tanto el pobre de mejores días
Con la dulce esperanza se consuela.
Todos probamos el amargo cáliz;
Pero el hombre que vive en la pobreza,
Ni sufre las torturas del avaro
Ni el grito abrumador de la conciencia.
Vive feliz, porque es feliz quien vive
Sin ambición de gloria y de riquezas,

Y en su eterno infortunio siempre heroico,
Con el pan de sus hijos se contenta.
El rico nó; tan sólo en su fortuna
Cifra su fe, su Dios y sus creencias,
Llevando en el hastío de placeres
Por norma el desencanto y por sistema.
Todos sujetos á una ley tirana
Sufrimos las desdichas de la tierra,
Ricos y pobres, grandes y pequeños,
Cual tienen corazón, tienen tristezas.
Y yo, que siento arder en lo profundo
Del pecho el ansia de ambición terrena,
Fiebre que exalta el corazón humano,
Locura que el espíritu atormenta,
¿Qué puedo hacer ¡oh Dios! si es mi deseo
Vivir sufriendo tan terribles penas,
Y despreciando el vicio y las pasiones
Para alcanzar tu bendición suprema?
Dadme ¡Señor! abnegación firmísima
Para seguir de la virtud la senda,
Si no queréis mirar desde esa altura
Mi fe perdida, mi esperanza muerta.

. . . . . .

VI.

¡Oh inspiración sublime! Ya cansada
De divagar, sin compasión te alejas,
Mientras llorando ante mi esfuerzo estéril
Escondo entre mis manos la cabeza.
¡Piedad, Señor! Si al réprobo en tu libro
Irreprochable tu bondad condena,
Perdona si un instante en mi agonía
No percibí tu perennal lumbrera.
Cuando en mis ansias de saber profundo
Alzo mi vista á la región etérea,

Y me abismo en lo vasto de tu imperio
Y me asombra lo inmenso de tu esfera,
Y miro esa armonía misteriosa
De mil globos de luz que centellean,
Todos sujetos al poder divino
E irresistible de tu mano excelsa,
Siento mi corazón, frío y cansado
De amarga vida en la mortal contienda,
Más fervoroso, si del astro padre
Hiere mi vista la esplendente hoguera.

.....

Y ante el asombro mudo que al espíritu
Con la Natura próvida presentas,
¡Quién no acata el poder de tus designios!
¡Quién se atreve á negar tu omnipotencia!
¡Perdón, Señor! Perdón para el incrédulo,
Ser infelice que de Vos reniega,
Para entregarse á la maldad impura
Y á la mundana seducción perversa.
Yo mismo, sí. ¡Cuando el dolor acrece
Y el alma siento de inquietudes llena,
Cuántas veces dudara de mí mismo
Y de mi fe profunda y mis creencias!...
Llego á dudar, y en mi tortura insana,
Cuanto más el dolor se reconcentra,
Te miro aparecer, porque tu mano
Descorre la cortina ciclopea.
Y entonces bajo la cerviz altiva,
Mi fe profunda á la verdad despierta,
Y arrodillado y mudo y reverente
Me humillo ante el poder de tu grandeza.

Á ELLA.

En noche oscura, pavorosa y fría
Un ensueño turbó mi pensamiento,
Y entre angustia, y dolor, y sufrimiento
Tornóse la inquietud melancolía.
Y al par que la visión desparecía,
Calmaba mi ansiedad dulce contento,
Elevándose al ancho firmamento
El astro padre de la luz del día.
Así vive tu amor; goza y padece
Y tal misterio á descubrir se lanza;
Acaso con rigores desfallece.
Hasta que mira allá por lontananza
Y otro rayo de luz le favorece,
Que reanima su afán y su esperanza.

PENSAMIENTOS.

El hombre más plagado de ingratitudes y maldades, tiene momentos en la vida en que se le observa algún signo de reconciliación con las bondades del alma.

*
* *

Yo no conozco ningún hombre de verdadero mérito que no sea íntimo amigo de la modestia.

*
* *

Becquer ha malogrado el porvenir de muchos hombres laboriosos, desde que se le ocurrió asegurar que la pereza es don de los inmortales.

*
* *

El aristócrata se divierte, la clase media de la sociedad trabaja, el mendigo pide limosna. He ahí el

secreto de que la mesocracia tenga el privilegio de producir los grandes hombres de todos los países civilizados.

*
* *

Yo no me dedico principalmente á la poesía, porque en cuestiones artísticas, digo lo del filósofo: «Ó ser todo ó no ser nada.»

*
* *

En achaques de amor, la vanidad es casi siempre el acicate del sentimiento y de las grandes pasiones. Si somos amados, nos desvanece el orgullo de la posesión; si, por el contrario, no somos correspondidos, nos atormenta el desprecio y nos hace constantes la misma imposibilidad.

*
* *

Para considerarse un verdadero cosmopolita es necesario ser insensible á las afecciones de la patria.

*
* *

Roqueplan ha dicho que el honor es un instinto; pero la experiencia nos enseña que, en esta edad indiferente, es lo práctico y lo razonable sustituir ese

instinto caballeresco por el provechoso instinto de la conservación.

*
* *

Para el egoísta, el ostracismo es el pleno goce de las dichas del hogar, cuando su separación de la patria puede dar por resultado el mejoramiento material de la fortuna.

*
* *

El tiempo es el único contagio para el cual no puede la ciencia suministrar un medio profiláctico.

*
* *

Conocer un solo sistema de filosofía, es conservar la fe en alguna cosa. Empeñarse en la investigación de lo absoluto con el estudio de la controversia, es dejarse caer en la pendiente resbaladiza de la incredulidad y del escepticismo.

*
* *

En mi concepto, la peor de todas las creencias es no tener ninguna.

*
* *

Un hombre rico y virtuoso, llama generalmente la atención; un pobre dotado de mejores cualidades, pasa desapercibido ante la sociedad. Es que el primero es una rareza, y el segundo la cosa más natural.

*
* *

El interés que demostramos en conservar la vida, nace más bien del temor á lo desconocido, que de la repugnancia que nos inspira esa simple transformación de la materia.

*
* *

Es una ciencia en algunas mujeres saber comprar al mundo la fama de virtuosas con unas cuantas monedas de hipocresía.

*
* *

El tiempo es el dictador por excelencia, porque toda la humanidad es tributaria del tiempo.

*
* *

De todos los adelantos modernos, de todas las conquistas de la ciencia, es deudora la humanidad al

que ha dado al hombre el poder de la inteligencia y el instinto del trabajo.

*
* *

Cuando un organismo social se muestra insensible á la opresión del poder tiránico, es indigno de la libertad.

*
* *

Los hombres que aspiran á gobernar un país libre sin otro auxilio que la fuerza, son como esos filósofos que quieren proclamar un principio sin deducir la consecuencia.

UNA NOVELA QUE ACABA

Y

UNA TRAGEDIA QUE EMPIEZA.

I.

Los últimos rayos de un sol primaveral se dejaban sentir con bastante intensidad por los alrededores de una de las capitales del Mediodía de nuestra hermosa España. La encendida cabellera de Febo, ardiente y cínico como el placer, vaticinaba la proximidad de un estío insoportable.

Las familias acomodadas empezaban á hacer los preparativos de viaje.

Una excursión veraniega á los pueblos del Norte, compendia muchas veces las aspiraciones de un espíritu aventurero, inquieto y ambicioso de un bien ignorado, que sigue á lo mejor sin darse cuenta de ello.

En la naturaleza se observan con frecuencia contrastes maravillosos: á los habitantes de los países intertropicales se les importaría un ardite la ausencia del sol, en tanto que los de los pueblos del Norte darían algunas de sus mujeres rubias, á cambio de los resplandores del astro del día.

Nosotros, los meridionales, no somos generalmente como el insecto que toma el color de la planta en que vive. Nos parecemos á los corceles indómitos de que nos habla Teófilo Gauthier, que galopan por la noche en la llanura y van en carrera loca iluminando á veces su camino al chocar con los guijarros.

Sin alguna variación en el panorama de la vida, nuestra existencia carecería de atractivos que merecieran el sacrificio de vivir más de treinta años. Sin esas revoluciones del gran escenario del mundo, no habría tradiciones, ni cambiaría el aspecto de las épocas. Un año significa en la vida real un paso dado hacia el perfeccionamiento de nuestras ideas. El día que la humanidad llegue al término de su larga carrera, aparecerá el mundo en todo el esplendor de su grandeza, sin que la más ligera nube impida á nuestra vista saturarse en un edén que no encuentra todavía su foco en el empañado lente de la civilización moderna.

A mi modo de sentir, no es tanto como parece el indiferentismo de la edad presente. Yo, simple partícula de arena perdida en el fondo de ese hormiguero constante de las pasiones, corría locamente unido á la masa común, no sé si llevado por una influencia irresistible ó por el aforismo del docto San Agustín cuando dijo: «Los hombres son como los árboles que mueve el viento: impulsados de un lado á otro, parecen mecer incesantemente sus vagos deseos.»

II.

Yo había soñado con hacer un viaje á las provincias del Norte.

Pero la carencia de los bustos de algún rey cesante, grabados en el precioso metal, me retenía en los brazos de la desesperación.

Había que resignarse y aplazar la excursión para el verano próximo.

Si tenía dinero.

Pero sucedió que un amigo mío me invitaba á pasar una temporada en un pueblo inmediato á la capital donde yo residía.

Y acepté.

Porque aquella invitación me atraía un grato recuerdo y con él una felicidad inesperada.

Desde entonces todo aparecía ante mis ojos más bello, más alegre, más risueño.

Si irresistible era para mí el deseo de visitar las grandes capitales, más irresistible era todavía la influencia que la carta de mi amigo había ejercido en mi corazón.

Por un lado me llamaba la tranquilidad y un deber de gratitud; por el otro la llama inextinguible del deseo.

Siguiendo los impulsos de mi corazón hubiera preferido lo último, mas era imposible, y tuve que

resignarme á aceptar el ofrecimiento de mi buen amigo.

No había tiempo que perder.

Avisé con la anticipación necesaria mi salida; arreglé mi modesto equipaje, dispuse mis libros y mis papeles, y al día siguiente me dirigí hacia el pueblo de R...

Situado este pueblo al Noroeste de la capital y en uno de los más pintorescos valles del interior de la provincia, tuve precisión de valerme de una cabalgadura para atravesar un trayecto de dos leguas.

A cada paso era más inminente el peligro de romperme el esternón si por falta de equilibrio ó poca costumbre de montar, hubiese rodado por aquella peligrosa superficie, merced á los trotes cochineros de aquel jumento desesperado é inquieto por las constantes caricias de los moscardones.

Abstraído en mis ideas, siempre graves, y cuando más engolfado me hallaba pensando en las adversidades de la suerte, un vago recuerdo de mis pasados días hizo despertar en el fondo de mi alma cierta simpatía por aquellos que me esperaban con la natural impaciencia que experimentamos después de una larga separación.

Llegué á la cumbre de una montaña situada en los alrededores del pueblo de R... cuando el mocosuelo que venía cuidando de la caballería, con voz tímida y respetuosa á la vez, exclamó:

—¡Señorito!... Mire V., mire V. el pueblo más allá de aquellos cipreses.

Efectivamente; era una señal inequívoca de mi pronta llegada al término de mi viaje.

Media hora después, dimos con nuestros zarandeados cuerpos en el pueblo de R...

El recibimiento fué admirable.

Todavía conservo en la memoria sus dulces impresiones.

Hay recuerdos que sólo desaparecen con la vida.

III.

Como un soplo transcurrieron las primeras horas de mi estancia en el pueblo.

¡Cuán fugaz parece el tiempo que pasamos gozando de una dicha cierta!...

Tres días después me sentí todavía magullado. Eran sin duda reminiscencias de mi pesado viaje con apéndice de visitas, abrazos de los amigos antiguos, y apretones de mano de los conocidos ambulantes.

Los que no sabían mi nombre, me llamaban señorito por antonomasia.

A mí me gustaba sobremanera el trato íntimo con las celebridades del lugar.

No hay entidad más risible y más útil á la vez que un dómine de aldea. Un aficionado al *Folk-lore*, sacaría un buen partido de todos ellos.

He observado sus actos con la frialdad del analista, y ¿sabéis lo que he deducido en consecuencia?

Pues muy sencillo: que cuanto más reducido es el pueblo, mayor es la vehemencia con que se agitan las pasiones.

Preguntad á un cacique cuáles son sus enemigos naturales y más encarnizados, y os convenceréis de que este es el verdadero escollo con que tropieza la marcha progresiva de la civilización.

Las personas más ilustradas del pueblo, son los adversarios del cacique. Cada uno de por sí procura la formación de su bandillo, y la intriga va ejerciendo su deletérea influencia en todo el apogeo de sus facultades.

Es muy curioso visitar los sábados la barbería del pueblo. Allí acuden con asiduidad los parroquianos, y el establecimiento se convierte en un pequeño *meeting*. Los ignorantes callan y observan con la boca abierta, haciendo mil contorsiones cuando la discusión es acalorada. Sólo toman la palabra cuando al barbero, distraído en su oratoria, se le corre demasiado la navaja. Éste, que casi siempre sustenta ideas avanzadas, por aquello de que saborea algún periódico político, ya se arroga el derecho de discutir sus opiniones con los elementos más retrógrados, que son, por habitual inclinación, los feligreses más allegados al cura. Éste, como tiene creada su atmósfera entre los más timoratos, tampoco quiere dar su brazo á torcer por nada ni por nadie.

El médico se juzga á sí mismo un digno émulo de Hipócrates, y también tiene su enemigo irreconciliable. Receta medicamentos caseros, y el farmacéutico no lo puede ver ni en fotografía, porque no explota al vecindario.

El maestro de escuela distrae las horas de enseñanza para los niños, escribiendo instancias en protesta de la conducta del alcalde y de toda la corporación en masa, porque no ha visto sus haberes desde los buenos tiempos de Mendizábal.

Esta colección de tipos, sin excluir al notario y al sacristán, constituían la *crème* de mis relaciones en el pueblo de R...

Cada uno arrastraba sus prosélitos, que no excedían de veinte, con la facilidad del niño que mueve á capricho sus soldados de plomo, con la misma disciplina con que Moltke ordenaba sus ejércitos.

Una votación en que se tratara de elegir al de más suficiencia, produciría un resultado deplorable. Todos se votarían á sí mismos, y era cuestión de andar á garrotazo limpio.

Entre todos ellos no era dudosa la elección.

Yo hubiera depositado en la urna mi papeleta en blanco.

IV.

Mi amigo, que conocía mi predilección por el campo, era uno de mis compañeros inseparables.

Todas las tardes salíamos á dar nuestro paseo por los alrededores del pueblo.

La hora del crepúsculo era un espectáculo verdaderamente maravilloso.

El aura, cargada de perfumes, mecía los árboles con una voluptuosidad admirable.

Parecía que se inclinaban ante las infinitas bellezas de la naturaleza para saludarla. Ese rumor cadencioso y elocuente de los árboles, es la plegaria de la tarde; es un himno de gracias al Todopoderoso; es el suspiro de las flores que llega á su Creador, como llega la esencia de nuestras almas.

El canto de los pájaros es una armonía sublime que entonan mientras sacuden su plumaje al rededor del nido, para refugiarse en él esperando un nuevo sol que dé vida y calor á sus pobres hijuelos.

Á esas horas los campesinos ya se retiran á sus tranquilos hogares, donde les espera impaciente una esposa fiel, á cambio del rudo cansancio de los trabajos del día.

Para el que vive la vida de la corte, sin un minuto de reposo en medio del bullicio y la incesante agitación, la existencia es tan efímera como un viaje de recreo. Se penetra en los floridos bosques del amor, con la misma velocidad de la locomotora que atraviesa un camino rodeado de inextricable vegetación, deleitándonos con su maravillosa hermosura.

Así se llega á envejecer sin que los placeres nos

den tiempo siquiera para ver nuestra cabeza encanecida.

Por el contrario, el infeliz labriego ve pasar hora tras hora su vida de dolores en la horrible parsimonia con que va deslizándose ante nuestros ojos el fantasma que simboliza las amarguras de una realidad abrumadora.

Digamos con el poeta:

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira,
Todo se ve del color
Del cristal con que se mira.

V.

Lucas, que así se nombraba mi amigo, era muy aficionado á dar buenas noticias, y me anunció una de aquellas tardes que al día siguiente se había de llevar á cabo una cacería.

Todos nuestros compañeros de expedición tenían preparados sus adminículos.

Yo quería dar una desazón á las perdices, y estaba en mis glorias cuando se trataba del asunto.

Todo aquello me hacía recordar con disgusto á Lingrée, cuando dijo:—«No se goza más que una vez el placer de vengarse, y se goza siempre sólo en la idea de la venganza.»

La noche anterior, pensando en los proyectos que habíamos forjado, no podía conciliar el sueño.

Cada minuto me parecía una eternidad.

Más de una vez estuve por llamar antes de hora á los expedicionarios, pero el temor de privarles del descanso ordinario, contuvo algún tanto mis ímpetus.

Bien es verdad que tampoco se descuidaron mis camaradas, y el sordo gruñido de los mastines, no tardó mucho en anunciarme que estaba la gente dispuesta.

Salté del lecho, y dilatando los músculos con esas actitudes tan dulces como poco honestas, de la pereza, me dirigí al balcón para fijar mi escrutadora mirada en el estado del tiempo.

Ligeros celajes cubrían el espacio. El tenue fulgor de las estrellas irradiaba á través de la densa bruma, destacándose en medio de aquellas constelaciones el lucero del alba, como anunciador inequívoco de la próxima aparición del astro del día.

En menos que un gallo canta, encopetéme con todos los adminículos necesarios y bajé á reunirme con mis amigos, que ya me echaban de menos.

Uno de éstos, patriarcalmente reclinado sobre una gran pila de sacos de maíz, se incorporó y frotándose las manos con la ingenuidad de un bendito de Dios, exclamó:

—¿Qué tal, se ha dormido bien?

—Perfectamente,—dije antes de que acabara su

interrogación.—No necesito hacer á Vds. la misma pregunta, pues estoy plenamente convencido de que el sueño no les ha dejado en toda la noche. Á mí me ha sucedido otro tanto, y por ello es necesario convenir en que todos nos hemos portado á maravilla.

—¿Está todo dispuesto?—pregunté.

—Sí, señor, me contestaron;—pero falta uno de los expedicionarios y habrá que ir á despertarle, porque según parece se le pegaron las sábanas.

—¿Quién es ese perezoso que trata de retardar nuestra salida?—interpuse.

—Pues ¿quién ha de ser, sino el dormilón de Gustavo?—dijo uno de ellos haciéndose el incomodado.

—Pues claro,—añadió otro,—como se acuesta tarde, al pobre muchacho se le hacen pesados estos madrugones.

—Y ¿qué motivos le inducen á ello?—dije.—¿Acaso tiene el pueblo algún atractivo que merezca un sacrificio de esta naturaleza?...

—Toma, lo peor del caso es que rara vez sale á paseo. Siempre está estudiando, y algunos ignorantes le han calificado de loco.

—Sin embargo,—exclamó Lucas,—es muy inteligente, y creo que esas murmuraciones son injustas. Él me sacó adelante en la cuestión que sostuve días pasados con el alcalde, y gracias á esto no tuve que pagar la multa que se me impuso.

—¿Es abogado?—pregunté.

—¡Quiá, hombre, quiá! Es militar; su padre se empeñó en que siguiera esa carrera, y tanto tiene él de soldado como yo de obispo.

Aquella respuesta llamó poderosamente mi atención, y después de unos segundos de profundo silencio, volvíle á interrogar:

—¿Qué graduación tiene?...

—Yo no entiendo mucho de esas cosas. Sólo sé que el otro día se vistió de uniforme, y llevaba un descomunal chafarote, muchos alamares en el pecho y tres galones con dos estrellas. Según dijo el tío Juan, que sirvió cuando la guerra de la independencia, es eso que llaman *tiniente*.

—Sí, es verdad; tiene buena carrera, y siendo joven, bien puede llegar á general.

—¿Qué edad tiene ese muchacho?

—No lo sé á punto fijo; representa de veinte á veintidós años próximamente.

Aquel diálogo iba despertando cada vez más mi curiosidad, pero se hacía tarde y tuve que abordar el asunto con las siguientes frases:

—Bueno, todo está bien. Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Á ver, muchacho, acércate y pregunta si se ha levantado ya el señorito Gustavo.

El pobre chico, pareciendo adivinar mi natural inquietud, corría hacia la casa del hijo de Marte como un desesperado, mientras que yo dirigía á mis compañeros esta alocución:

—Señores: no perdamos el tiempo lastimosa-

mente. Convendría que se preparase todo para marchar en cuanto llegue nuestro compañero.

—Pues, vamos allá, exclamaron á coro los circunstantes.

Ardiendo en deseos de marchar, salí á la puerta de la casa y me encontré casi delante de nuestro personaje.

VI.

Gustavo era arrogante y varonil, de ojos rasgados y expresivos, de boca pequeña y bien modelada, de bigote naciente y de apostura gallarda.

La palidez de su rostro y la melancólica expresión de todos los contornos de su semblante, acusaban á primera vista que tenía profundamente heridas las fibras de su corazón.

Correspondí á su afectuoso saludo, y poco después salimos en dirección al sitio destinado para la cacería.

La mañana no podía ser más espléndida.

El acompasado murmullo de las fuentes, el embriagador aroma de las flores, el blando céfiro que acariciaba dulcemente aquellos deliciosos pensiles, las melodías del ruiseñor, las tiernas piadas de la alondra, el lloriqueo armonioso de la tórtola, y el grato pestañeo de las estrellas, cuyo tenue fulgor iba extinguiendo poco á poco la claridad de la aurora,

habían despertado en mi alma un arrobamiento indecible.

Nuestros compañeros caminaban por zancadas de á tres cuartas, y gracias á mi voluntad firme é inquebrantable, pudimos soportar aquella expedición sin más cabalgadura que nuestras piernas, y sin otro estímulo que el deseo de levantar una banda de perdices.

Gustavo y yo seguimos á muy corta distancia de nuestros ojeadores, sin articular una sola palabra.

Aquel joven contestaba con monosílabos á todas mis observaciones, sin que yo mismo pudiera explicarme la causa de su injustificado retraimiento.

Gustavo era muy joven y, sin embargo, llevaba como estereotipada en su semblante la huella del dolor y del desengaño.

Muchas veces buscaba yo un objeto que sirviera de tema á nuestra conversación, y la tenaz melancolía de Gustavo esterilizaba todos mis esfuerzos.

Tan inverosímil conducta en aquellos momentos, era extraña en un hombre á quien yo dirigía la palabra por primera vez.

En vano traté de averiguar el origen de su tristeza.

Hablaba de los inextinguibles ocios de la Corte, y Gustavo, casi sollozando, murmuraba estas palabras:

—¡Ojalá nunca los hubiese conocido!... ¡No sería tan desgraciado!...

Sin duda aquel hombre, en los albores de su existencia, aborrecía por instinto á la sociedad que tantos males le habría causado.

El corazón de Gustavo era para mí, hasta entonces, un abismo impenetrable.

Apenas había transcurrido media hora, cuando llegamos á una extensa llanura cubierta de verde sembrado.

Allí nos separamos todos, y cada uno de los expedicionarios tomó su derrotero distinto.

Al cabo de algunos instantes empezaron á oirse las detonaciones casi sin interrupción, lo cual hacía suponer que la matanza sería abundante.

Abrumado por el cansancio, caminaba en demanda de reposo bajo la protectora sombra de un árbol.

Por fin, descubrí á lo lejos una casa, y me dirigí hacia ella.

Muy cerca de aquel edificio, cuyos pardos muros estaban cubiertos de hiedra y musgo, había encontrado los cipreses que anunciaron mi llegada al pueblo de R...

Su aspecto sombrío, sin saber por qué, había llenado de profunda tristeza mi corazón.

Junto á uno de aquellos cipreses encontré á un hombre que al parecer dormía tranquilamente.

Aquel traje no me era del todo desconocido. Acerquéme con alguna timidez y ¡oh, maldita fatalidad! era el pobre Gustavo, que se revolcaba sobre una charca formada con su propia sangre.

Corriendo en su socorro, lancé un grito, y poco después acudieron nuestros compañeros al sitio de la desgracia.

Interrogamos al infeliz moribundo, y sus ojos, velados por el frío de la muerte, tan sólo contestaban con una mirada de profunda melancolía.

Una hora después, fué Gustavo trasladado al pueblo con muy pocas esperanzas de vida.

Antes de exhalar el último suspiro, pudo averiguarse que el pobre joven había intentado su muerte en aquellos momentos de soledad y que, pensando en su eterna desgracia, acudió á su atormentado cerebro la idea maldita del suicidio.

.....

VII.

No tardé muchos días en saber el origen de tan funesta como extraña determinación.

Porque á nadie se le ocurre salir de cacería para suicidarse.

Pero Gustavo estaba loco, aunque su locura era tan pacífica, que apenas pude notarle el menor síntoma de epilepsia durante nuestro corto diálogo.

Aquel suceso inaudito llegó á interesarme de tal suerte, que, á fuerza de indagaciones, me apoderé de un pequeño legajo de autógrafos del desventurado joven.

Gustavo era huérfano desde muy niño, y un amor contrariado le dejó en el mundo sin afecciones y en la más espantosa soledad.

Toda mi vida llevaré esculpido en la memoria el recuerdo de aquel viaje en que, buscando distracciones y alegría, encontré un objeto de preocupación y una víctima de las humanas pasiones.

De todos modos, conservaré estos autógrafos que compendian la vida del pobre Gustavo, y que podrán servir algún día de asunto para un libro.

BECQUER.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. JESÚS PANDO Y VALLE.

Su canto es leve arrullo
Que el corazón despierta al sentimiento,
Como la flor que su gentil capullo
Abre del aura al bienhechor aliento.
Ave canora que en la selva umbría
Ama del nido el infantil reposo,
Y entona de sus trinos la armonía,
Como el que busca ansioso
Un lenitivo, en canto melodioso,
Á su negra y tenaz melancolía.
Alma pura que cuenta sus dolores
Del riachuelo á la corriente grata,
Cuya linfa retrata
La imagen del amor de sus amores
Sobre su límpido cristal de plata.
En lucha horrible con la adversa suerte,
Su creadora inspiración ha sido
Á la par vida y muerte;
Y un misterio escondido,
Ora exalta su genio y ora inerte
Yace en el seno del pesar dormido.
En su eterno quebranto
Brota copioso manantial fecundo
De suspiros de amor en triste canto,

Que simboliza el llanto
Con que devora su dolor profundo.
Sus versos son la historia de una vida
Amarga y azarosa,
Que pasó por su alma dolorida
Como pasa una noche tormentosa,
Que, cual aborto de insondable arcano,
En los abismos del espacio ruge,
Y con violento empuje
Mueve la tempestad del Oceano.

. . . . . .

Las sombras que levantan
Las negras noches del dolor, espantan
Con gritos infernales,
De la mente la cándida inocencia
Y la fe en los misterios celestiales;
Del corazón las puras afecciones
Y las dulces y hermosas ilusiones,
Dejando en nuestro espíritu abatido,
En el primer albor de la existencia,
El hastío, la horrible indiferencia,
La sonrisa fatal del descreído,
El sarcasmo, la duda
Y el torpe y repugnante escepticismo,
Que abre un profundo abismo
Á las almas que al par lleva á la muda
Contemplación.
¡Oh, sí! Gustavo mismo
Hace vibrar la voz de la esperanza,
Cuando más embriagado de pesares,
Invoca en sus cantares
El divino favor. En lontananza
Fija el poeta su mirada altiva,
Y ve cruzar el ancho firmamento
La estrella fugitiva,
En cuyo mágico esplendor advierte,
Con noble pensamiento,

La mano poderosa que asegura
Otra vida mejor tras de la muerte.
Á través de ese sol donde fulgura
La suprema deidad, donde la mente
Se abisma en los espacios siderales
Buscando eternamente
La soñada verdad, las ideales
Formas con que el espíritu presiente
Al Hacedor de cuanto nos rodea;
Allí, donde un poder irresistible,
Misterioso, invisible,
Infunde en nuestro ser la santa idea
Del amor á lo bueno,
Allí el poeta, impávido, sereno,
Incansable y errante peregrino,
Encuentra en su camino
La fe perdida y la esperanza, cuando
Las grandezas del cielo contemplando,
Siente del genio el resplandor divino.

¿Qué importa que la vida
De este mundo, para él, no fuese larga,
Si el veneno al probar, con que convida
La copa del dolor que nos amarga
La mísera existencia,
Todo pasa veloz, todo se olvida
Mientras dura el letargo en la conciencia?

¡Breve, sí, fué su paso por el mundo!...
Un instante, un segundo
Apenas, comparado
Con la vida eternal en donde hoy mora
Su espíritu inmortal, noble y fecundo.

La imagen seductora,
Bello trasunto del edén soñado
Que forja nuestra ardiente fantasía,

Toma formas reales
Cuando la parca impía
Con voz trémula grita:—¡Sois mortales!

¡Mortales, sí! Ese libro del destino
Inapelable siempre, siempre austero,
Nos marca el derrotero
Que el hombre ha de tomar en su camino.
Y se llega más tarde ó más temprano
Según la fibra que el impulso mueve;
La senda del placer es la más breve;
La del dolor tirano,
La más extensa en tiempo, no en distancia,
Porque un segundo al alma dolorida
Deja en ella más triste resonancia
Que de necio placer toda una vida.

Por eso en sus amargos desengaños,
Huérfano el vate, pobre y desvalido,
Eterna su existencia habrá creído
Cuando apenas llegó á los treinta años
El período fatal en que ha vivido.

¿Que el mundo lo olvidó?—¡Funesta suerte
La del que muere triste y olvidado!...
Jamás de un genio el resplandor advierte
El mundo despiadado,
Hasta que pasa el trance de la muerte.

Mas dejad que el poeta, digna gloria,
Perla luciente de la patria historia,
Goce en la tumba el sueño más profundo,
Que el rumor de su paso por el mundo
Eterno sonará en nuestra memoria.

OLVIDO POR OLVIDO.

Que por qué, si otro día te he jurado
Amor, tan pronto el juramento olvido?...
¿Que por qué, hermosa mía? Justamente
Porque tú me enseñaste ese camino.

EN EL ÁLBUM DE MI QUERIDO AMIGO

EL EXCMO. SR.

D. RAFAEL RUIZ MARTÍNEZ

(EN EL DÍA DE SU SANTO).

Todo es júbilo en ti; todo á porfía
Tu bondad y tus méritos ensalza;
El poeta en sus versos más sublimes,
El pintor con imágenes del alma.
Yo, triste bardo, de pesares lleno,
Mientras cabeza y corazón batallan,
¡Qué ofrecerte podré, sino los ayes
Que de mi mente en el volcán estallan!

. . . . . .

Placeres te dé el mundo peregrino
Que las virtudes al dolor enlaza,
Ya que la paz y la ventura encuentran
Su nido más risueño en tu morada.

A.....

—

Cierra los ojos, y al cerrarlos, piensa
La oscuridad que vela tus pupilas...
Ciérralos más; que si es oscuro el fondo
En que tus ojos húmedos se abisman,
Aún más negro es el fondo de mi alma,
Más oscura la noche de mi vida.

CÓMPLICE Y CRIMINAL

La flor que, como emblema de constancia,
Me diste cierto día,
Vivió fresca y lozana mucho tiempo,
¡Oh, sí, mucho, mi vida!...

El hielo de la duda y el cansancio
Dejó en su cáliz la ponzoña fría...
Desde entonces, murió para mi alma
La triste florecilla.

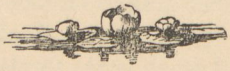
De aquel crimen, ni tú ni yo podremos
Descubrir el enigma;
Tú fuiste la culpable de esa muerte,
Pero yo, amada mía,
Cómplice de tu culpa, me la callo
Por temor que nos prenda la justicia.

Á LA MEMORIA

DE MI DIFUNTO HERMANO

D. JOSÉ CHÁPULI.

Pasó el trance fatal, y aún á mi oído
Murmura un eco lúgubre que espanta,
Cual si fuese la voz de una garganta
Que imita tu estertor enronquecido.
Ni una lágrima vierto, ni un gemido,
En tanto mi dolor fiero agiganta
La horrible tempestad que se levanta
En mi espíritu fuerte, hoy abatido;
Porque si Dios, con su piedad envía
La muerte al justo, el trance es un consuelo,
Aun cuando todo aquí te sonreía...
¡Dichoso tú, que abandonando el suelo,
Nos mirarás en lucha noche y día
Desde la excelsa majestad del Cielo!...



Á LA PATRIA.

EN LA MUERTE DE

D. ALFONSO XII.

¡Ya suena la campana
De funerales ecos mensajera,
Y un pueblo reza una oración cristiana
En sufragio de un alma soberana
Que al cielo sube con veloz carrera!...

. . . . . .

¡Llora, patria infeliz, llora conmigo,
Ven á inspirar mi canto,
Sé alguna vez de mi dolor testigo,
Dulce consuelo de mi amargo llanto!
Que al infundir en mí tu pensamiento
Sabré entonar un cántico sublime,
Vago y sutil como el rumor del viento
Que, al resonar en los espacios, gime.
¡Venid, genios del bien, con vuestro coro
Á despertar mi corazón doliente,
É iluminad, en tanto que yo lloro,
La tenebrosa cárcel de mi frente!

. . . . . .

¡Amarga realidad, noche sombría,
Ayes del corazón, notas que llegan
Á mi oído sin luz, sin armonía,
Olas de horrible tempestad que anegan
De profundo pesar el alma mía!...

¿Por qué, por qué venís en mi delirio
Á conturbar mi arrebatada mente?
¿Por qué sois mi martirio
Sin que os invoque mi inquietud creciente?

No creas, no, doliente patria mía,
Al ver que gimo en lágrimas deshecho,
Que es por tu Rey tan sólo la agonía
Que en copioso raudal turba mi pecho.
Si sufro y lloro la implacable suerte
De tu infeliz monarca, si mi acento
Es grito de dolor, canto de muerte,
Reflejo fiel de horrible sufrimiento;
Si exhala el corazón hondo suspiro;
Si traza aquí mi pluma algún destello
De admiración al Rey, es porque miro
El espléndido sol de su reinado,
Tan hermoso, y tan fúlgido, y tan bello,
Oscuro y empañado
Á través de los negros nubarrones
De futuras, terribles convulsiones.

¡Oh nobles hijos de la patria mía!
Los que en dichoso día
Ceñisteis en Alfonso la corona,
Mostrad una vez más vuestra hidalguía
Dando tregua al dolor, porque eso abona
Al español que de español blasona.
Honrad al Rey que, generoso y bueno,
Quiso ser justo siempre y ser honrado;
Espíritu sereno
De inmarcesibles glorias coronado,
Él fué noble y leal, sabio y prudente
Para blasón de la española gente.

Si hoy se muestra mi espíritu abatido;
Si término no alcanza

Á su tristeza el corazón herido,
Es porque lloro con el bien perdido
Tu porvenir, tu gloria y tu esperanza.

. . . . . .

Mas cese ¡oh patria! tu dolor profundo,
Y levantando la orgullosa frente
Ante la faz del universo mundo,
Brilla hermosa cual astro refulgente.
Y cuando alguna vez la suerte fiera
Torne á mostraros su implacable saña,
Españoles: alzad vuestra bandera
Gritando cual yo grito:—¡Viva España!

LA DUDA.

Á MI AMIGO

RICARDO FRAGOSO.

De su sueño letal, al fin despierta
De la inclemencia el alma al hondo grito,
Y mi mente, á través del infinito,
De otro mundo mejor llama á la puerta.
Cual no llega hasta mí su luz incierta,
Ya en el mar de la duda en que me agito,
Tan sólo arrastro un corazón marchito,
Mi fe perdida, mi esperanza muerta.
¡Incansable dolor!... Luchar ardiente
Que de mi ser encumbra el raudo vuelo
En busca de su Dios omnipotente!
Le llamo sin cesar en mi desvelo;
Y aunque agotado ya mi afán doliente,
Jamás responde á mi lamento el Cielo.

EN UN ÁLBUM.

DIÁLOGO.

—¿Que quieres unos versos inspirados,
Me dices, Enriqueta?...
¡Cómo no hacer por ti, niña adorable,
Aunque fuese un poema!

Pero dime: ¿Qué exiges de mi canto?
Que te llame discreta,
Y encantadora, y cándida, y divina,
Y hermosa, y hechicera?...

—No, yo quiero unos versos en que mire
Tu alma de poeta;
Un pensamiento, un rasgo en que se encierre
Alguna cosa nueva;

Un epigrama, un chiste, una letrilla,
Una historia sangrienta...
—Pero niña ¡por Dios! ¿qué estás diciendo?
—Vamos, calla y empieza.

—¡Ah, no, no! Para mí es un imposible
Semejante exigencia.
Me pides versos, y al pedirlos, quieres
Que no te llame bella.

Busco de mi cerebro en los rincones
Una frase, una idea...
Y sólo se me ocurren, como siempre,
Palabras como éstas:

—¡Hermosa! ¡Vida mía! ¡Dulce encanto!
¡Alivio de mis penas!
¡Luz de mis ojos! ¡Ninfa de mis sueños!
¡Mi adorada Enriqueta!...

Porque no puedo, niña, al contemplarte
Concebir otra idea,
Que la que siente un alma emocionada
Al mirar la expresión de la belleza.

CONTRASTE.

Hay dichas con que gozar
Si hay labios con que reir;
Y así se puede explicar
Que hay almas para sufrir
Cuando hay penas que llorar.

Á LA MEMORIA

DE MI BUEN AMIGO EL CORONEL

D. ÁNGEL PAZOS Y VELA-HIDALGO

(COBARDEMENTE ASESINADO EN MARIANAS) (1).

Todo es triste y severo á mi presencia,
Todo siniestro luto, llanto y muerte,
Y aun ven mis ojos desplomarse inerte
La víctima inmolada en la inclemencia.
¡No lloréis más! De Dios la omnipotencia
Hará que el vil en su inquietud despierte,
Y ante el fantasma de su adversa suerte
Oiga el grito infernal de la conciencia.
Ella misma será mudo testigo
Para que el torpe bárbaro homicida
Halle del crimen ejemplar castigo.
.....
Dejad que calle el alma adormecida
Al soplo del dolor, que irá conmigo
Hasta el postrer aliento de mi vida.

---

(1) Este soneto se leyó en una reunión celebrada en Manila como tributo al recuerdo de su buena amistad.

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO.

Á MI BUEN AMIGO

WENCESLAO E. RETANA.

I.

ADELA está pensativa y triste.

La inquietud se refleja en la viveza de sus hermosos ojos.

Nada la distrae, ni la tranquiliza, ni ofrece á su alma un atractivo semejante al que representa la seguridad de que muy pronto ha de sentir por la solitaria calle el rumor de unos pasos que Adela conoce, como conoce el niño la dulcísima voz de su madre que le acaricia, y le besa, y le enjuga las lágrimas cuando llora una contrariedad en sus infantiles caprichos.

Adela se ha sentado un momento, y busca un objeto que la haga olvidar la inquietud que la devora.

Sobre el elegante velador de su gabinete se ven en desorden algunos papeles y libros.

Al azar coge nuestra protagonista una de las no-

velas que más la distraen, y la hacen sentir las desgracias de tal ó cual personaje simpático.

Al coger la palmatoria, que se halla sobre la mesilla de noche, se ve que Adela está sobrexcitada. La luz en sus manos tiembla y vacila como la oveja en presencia del lobo hambriento ó del tigre sanguinario.

Se sienta Adela en un confidente, y abre un libro por la mitad de su volumen. Y no cesa de doblar hojas y hojas como buscando un capítulo en que el autor presenta una escena de amor muy tierna, muy sentimental ó muy trágica si es posible.

La joven balbucea palabras que no se entienden. Se desespera porque no ha encontrado todavía el ansiado capítulo.

—¡Aquí es!—dice por fin la candorosa joven.—¡Oh! Esto me parece divino. La realidad de esta imagen preciosa, hija de la fantasía del autor, debe resultar sublime, magnífica, encantadora.

Pero... ¡cuánto tarda esta noche Fernando! Estoy intranquila. Nunca me ha atormentado tan inexplicable incertidumbre.

II.

El reloj dejaba oir sus vibraciones metálicas.

—¡Son las diez!—murmuraba la joven con impaciente anhelo.—¡Dios mío! ¡Qué horrible martirio

es para mí esta inquietud que constantemente me devora!... ¿Será que tengo celos?... ¡Oh, no! Yo no he sido nunca celosa, y Fernando me ama con delirio. Mis celos serían una estúpida preocupación.

Y miraba á cada instante la esfera del reloj, y se había puesto en pie, dejando caer el libro sobre la mullida alfombra.

El invariable *tic tac* del péndulo la desesperaba, sin duda porque creía que el reloj no marcaba con exactitud los minutos que, aquella noche, le parecieron siglos de indecible angustia.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!—repetía la joven.—¡Cuánto tarda! Esto es horrible. Ese maldito reloj se complace de mi intranquilidad haciendo interminables las horas de mi existencia.

¿Habrá ocurrido alguna desgracia? ¡Es tan calavera!...

Hasta el frío parece esta noche más intenso. Saldré al balcón. Pero... mamá puede oirme y se disgustará. Estoy enferma y debería cuidarme mucho, muchísimo. El frío puede serme perjudicial... ¡Oh! Más, mucho más exacerba mi dolencia la creciente ansiedad con que le espero.

¿Y qué me importará la vida cuando pierda el cariño de mi Fernando?...

Nada.

Vivir sin el calor de sus palabras y de sus enamorados suspiros, es como vivir sin abrigo en borrascosa noche de crudo invierno.

Mi existencia sería una serie interminable de dolores y tristezas, y sólo debería pensar en la muerte como único medio de salvación.

III.

Han transcurrido diez minutos.

Adela continúa luchando con la misma desesperación, y... Fernando no llega.

La joven se sienta de nuevo, y queda un instante meditabunda y triste.

Creyendo devorar en silencio su tristeza, deja que se deslicen por sus mejillas dos lágrimas que llegan á sus cárdenos labios y amargan su boca, donde encuentran sepultura sus entrecortados suspiros.

¡Pobre enferma!

Su llanto es un poema de angelical ternura. Llora, y sus sollozos no repercuten fuera del recinto de su dormitorio.

El llanto de los mártires es como el rezo de los creyentes, que llega hasta Dios sin que nadie en la tierra lo perciba, porque los mártires sufren con el alma, y los creyentes rezan con el pensamiento.

Y como así rezaba y sufría la encantadora Adela, nadie, ni su cariñosa madre se apercibió de la indecible angustia con que la joven vió deslizarse hora por hora, minuto por minuto, aquella noche, sin duda la más triste de su penosa existencia.

IV.

Á la mañana siguiente, la pobre Adela procuró disimular á los ojos de su madre los infinitos sufrimientos de la noche que había pasado en continua somnolencia.

Pero á simple vista, sus ojos apagados, y la palidez cadavérica de sus mejillas, denunciaban lo que la joven intentó ocultar simulando sonrisas de alegría y palabras de cariño en el interrogatorio que entre la madre y la hija mediaba todas las mañanas antes de que Adela abandonara su lecho.

La huella del dolor aparecía con indelebles caracteres en el correcto, escultural rostro de la joven enamorada.

—¿Qué tal, hija mía, has dormido bien?—dijo doña Elvira con esa dulzura propia de una madre que cifra su encanto y su felicidad en el cariño de sus pequeñuelos.

—Sí, mamá, he dormido mucho. Ya ves, son las diez, y todavía no quisiera abandonar la cama. ¡Se está aquí tan cómodamente!...

Este calor me da la vida. Déjame un momento más, porque esta noche he leído demasiado, y no pude conciliar el sueño hasta muy tarde, pensando en la celosa impiedad de Otelo y en el trágico fin de la inocente Desdémona.

¿Verdad que el moro fué un asesino, un bárbaro, un infame, un celoso, un salvaje, un...

—¡Sí, sí, Adelita! Pero vamos á ver si tomas el chocolate. Tú, cuando lees tonterías amorosas, no te acuerdas de que estás delicada y necesitas muchos alimentos.

—Pero, mamá: ¿tú no sabes que la lectura es el alimento del alma, el pan del espíritu?

—¡Déjame en paz con esas filosofías! La lectura de ciertos libros sólo sirve para aprender lo muchísimo que vosotras las jóvenes debierais ignorar.

—Bueno, mamá, lo que tú quieras. Una vez que deseas evitarme dolores de cabeza y enseñanzas peligrosas, manda que me sirvan el desayuno; que no me falte un vasito de leche con bizcochos. Hoy no quisiera tomar chocolate.

Doña Elvira sale de la habitación después de haber besado á su hija.

Al poco rato entra de nuevo con la criada, que sirve á Adela todo cuanto ésta había pedido á su bondadosa madre.

—Vamos, Adela, toma esa leche, que está riquísima,—dijo doña Elvira con mimo maternal.

—Voy, mamá, que ya me siento bastante débil, —contestaba la enfermita.

Adela se incorpora, y la criada se acerca al lecho, depositando sobre la cama la plateada bandeja en que traía unos cuantos bizcochos tiernos y un vaso con el exquisito jugo.

—Mamá, me sentía con ánimos de apurar este agradable alimento, y veo que mi buen deseo me engaña algunas veces,—dijo Adela, después de haberse llevado á la boca el primer bizcocho impregnado de leche.

—No seas remolona y...

—Por Dios, mamá, cuando no hay apetito repugnan al paladar los más exquisitos manjares.

V.

Doña Elvira contemplaba á su hija con cariño, y más que con cariño, con verdadera admiración. ¡Era tan hermosa!

Quizás veía en Adela una reminiscencia de su belleza ajada por la destructora mano del tiempo.

Porque doña Elvira era una viudita agradable y bien conservada, que frisaría entre los treinta y cinco y cuarenta Abriles.

Adela rompió aquel instante silencioso con estas palabras:

—Mamá; anoche no vino Fernando, á pesar de la promesa que me hizo en su carta de ayer.

—No te preocupes de ese botarate. ¿Qué se puede esperar de un pobre estudiante con la cabeza llena de pájaros? Busca tu porvenir en un hombre formal que te quiera, y déjate de alimentar semejantes relaciones.

Fernando es demasiado joven, es un niño todavía, y sabe Dios cuándo acabará su carrera.

—Sí, pero en cuanto la acabe, se casará conmigo,—replicó la joven con la profunda convicción de que la promesa de su Fernando se cumpliría.

—Vosotros no vivís más que de ilusiones, y hay que pensar en lo seguro para afirmar tu porvenir cuando tu madre te deje en la orfandad.

—¡Ay, mamá! Tienes razón; pero... ¡si yo le amo!

—No importa. Haz propósito de olvidarlo, y... en paz.

—¡Imposible! ¡Yo olvidar á mi Fernando!... ¡Si vieras qué guapo está con su uniforme de alumno de ingenieros!...

—Sí, hija, muy guapito. Pero más vale que te fijes en su profesor, ese capitán que tanto te pasea la calle á todas horas.

—Pero me es antipático. Yo no puedo querer á ese hombre que tanto castiga á mi Fernando, sobre todo, desde que sabe que es novio mío.

—¡Preocupación! Eso no son más que tonterías de ese muchachuelo, que no estudia la lección pensando en vuestras cuitas amorosas.

—No lo creas, mamá; porque dice Fernando que todos los días se le deja en reclusión con un pretexto cualquiera, tal vez para que el pobre chico no pueda venir á verme.

—Y hace muy bien. Si tomas mi consejo, debes alegrarte de la conducta del capitán.

—Pues mira: antes me era simplemente antipático, hoy me es odioso y mañana me parecerá un tipo repugnante.

—Vamos, te dejo en tu tema, y espero que modifiques tus inclinaciones, Adela. A mí no me gusta ese chico. Es muy calavera, y muy travieso, y muy desaplicado, y muy...

—¡Amado mío! ¡Sí, Fernando de mi vida! En tus labios puso el cielo la fuente de mi felicidad! ¡Ven, ven á salvar de las garras de la muerte á esta pobre enferma del alma que desfallece sin el calor de tus ojos, sin el consuelo de tu presencia, sin la armonía de tus frases cariñosas!

Y así diciendo, Adela levantó la mirada al cielo, y enlazaba las manos en demanda de auxilio al Todopoderoso.

VI.

Doña Elvira salió del aposento de su hija murmurando frases de pesadumbre.

Aquel día pasó para la joven con la terrible lentitud de la última noche en que no había podido ver á Fernando.

Llegó la hora en que éste acostumbraba visitar la casa de su amada.

Desde el oscurecer, se repitió en el gabinete de Adela la escena de la noche anterior.

Fernando pudo lograr una escapatoria, y se apresuró á ir á la casa de su adorada.

Doña Elvira hizo un gesto de desagrado en presencia del estudiante.

Adela, por el contrario, le recibió con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

La madre de la joven padecía horribles torturas, oyendo aquel idilio de amor.

De vez en cuando se separaba por un momento de la enamorada pareja, so pretexto de dar disposiciones á los criados de la casa.

En una de estas momentáneas ausencias, dijo Fernando á su adorada:

—Adela mía; las huellas del sufrimiento asoman á tus mejillas constantemente. Sé que sostienes por nuestro amor una verdadera lucha con tu madre. Yo soy igualmente víctima de los celos que por tu cariño hacia mí se han engendrado en el corazón de ese maldito capitán. Su autoridad puede mucho sobre mí, que no soy más que su discípulo y, lo que es peor, un triste subordinado. Anoche padecerías horriblemente al ver que tu Fernando no había cumplido su palabra. Tú comprendes mi situación, y sólo te debo en este momento una pregunta. ¿Desconfías de mi amor?

—Jamás,—contestó resueltamente la joven.

—¡Oh, cuán dichoso me haces con esa respuesta que nunca dudé alcanzar de tus labios! Pero... yo necesito una prueba más de tu cariño. Quiero impri-

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

mir un beso en esos labios ardientes que tanto enajenan mi alma con sus angélicas sonrisas...

—¡Fernando! Eso es indigno de tus sentimientos, y me ofende; con que espero no vuelvas á insistir...

—¡Imposible! El beso que pido es casto, es inocente, como el beso que se deposita en la frente de una madre ó de una hermana. Suponer en mí una intención criminal, es injusto, y bajo, y miserable...

—¡Aparta!

—¡Imposible!

—¡Dios mío!

—Adela: te dejo en completa libertad. La violencia es inútil, cuando tu corazón repudia un beso que es el emblema de mi cariño, la demostración sincera de mi amor inextinguible.

—¡Eres un tirano!—murmuraba Adela lívida y temblorosa.

—Bueno, sí, tienes razón. Soy indigno de ti, y estoy demás en esta casa.

—Haz lo que te plazca.

—Adiós, Adela, tú serás responsable de nuestra separación.

Fernando tomó el sombrero y salió precipitadamente, mientras Adela lloraba.

Y por impulso inexplicable, corrió para alcanzar á Fernando antes de que llegara á la escalera.

—¡Por Dios, Fernando, no te alejes de mí, si no quieres que vaya contigo el remordimiento de mi

muerte! Cumple tu deseo si así te place. Este beso será el primero y el último.

Fernando retrocedió con aire victorioso é imprimió un ósculo en los labios de la pobre enferma.

Mediaron algunos instantes de profundo silencio.

Adela quedó triste, muy triste.

Fernando se mostró pensativo un momento, y después se dejaba entrever una diabólica sonrisa por sus labios.

VII.

Desde entonces empezó la crisis más peligrosa para la infeliz Adela.

Aquella debilidad tuvo después funestísimas consecuencias.

Adela avanzaba un paso más en el camino de su desgracia cada día que Fernando iba á visitarla.

Fernando era objeto de las mismas asechanzas de su profesor, y todos los días quedaba el alumno de ingenieros en el cuarto de reclusión, hasta que el joven, buscando medios de ver diariamente á su amada, se decidió á pedir, por propia voluntad, su separación de la Academia.

Los padres de Fernando, respetando los motivos que á éste obligaban á llevar á la práctica su decisión, no pudieron negarse á suscribir la solicitud en demanda del objeto deseado.

Al transcurso de pocos meses, la familia de Fernando supo el motivo de la separación, y no se dió tregua alguna en arbitrar un medio de desvanecer aquella pasajera ilusión del desaplicado estudiante.

El joven recibió de su tía Laura, una carta concebida en estos términos:

«Mi querido Fernando:

El Ministro ha ofrecido á tu tío Ramón una credencial para Filipinas. Dime si la aceptas, y en breve la tendrás en tu poder. Afectos de tus primos y siempre te quiere tu tía.—Laura.»

Fernando, muchacho aventurero y de fogosa imaginación, no podía desaprovechar aquella coyuntura que le proporcionaba las emociones de un largo viaje y las delicias de un país desconocido.

Los amores de Adela y el antiguo cadete continuaban cuando éste salió de la Península.

El joven fué destinado á una provincia del Archipiélago, desde donde escribió varias veces á la pobre Adela, que le correspondía con igual muestra de cariño.

Al poco tiempo Fernando dejó de escribir á su amada. La enfermedad de Adela se agravó con la ausencia del joven, que, al cabo de algunos meses, recibió la noticia de que aquella inocente víctima de sus arrebatos había dejado de existir.

Adela había sido un ángel, una hermosa perla arrojada en el profundo mar del olvido.

La presencia de Fernando había llevado á los labios de la joven el primer beso ardiente del amor; la ausencia se había encargado de traerle el último beso.

El beso frío de la muerte.

VIII.

Fernando tiene ahora veintitrés años, y en la provincia donde reside goza la fama de misántropo.

Y hace muy bien.

La filosofía es el mejor partido que se puede tomar cuando una ligereza causa la pérdida de un porvenir brillante y la muerte de una mujer hermosa.

DIÁLOGO CURIOSO.

Á MI AMIGO

RAMÓN M. ZAIDIN.

Estaba cierto doctor
En dulce coloquio un día,
Con un joven que decía
Ser muy diestro en el amor.

Y en verdad que el joven, ducho
En materias amorosas,
Dijo al doctor:—«Estas cosas
Las conozco mucho, mucho.

Yo siempre por lo ideal
Me inclino, que es donde existe
La belleza que reviste
El prisma de lo real.

No busco en la sensación
De placeres materiales,
Los deleites celestiales
Ni la paz del corazón.»

Aquel alma en los albores
De la virtud, sacro emblema,
Comenzaba así el poema
Que concibió en sus amores.

Pero el carácter adusto,
Del médico, se oponía
A resistir la elegía
Por no tomar un disgusto.

Mas viendo su obstinación
En resolver el problema,
Dijo el doctor:—«¡Buena flema!
Si emprendo tal discusión.»

Algún tanto á su pesar
Tuvo al fin que transigir,
Y disponiéndose á oir,
Añadió:—«Vais á empezar

Vuestro relato conciso,
Y aunque mi paciencia es corta,
Al cabo nada me importa
Que objetar fuere preciso.»

El joven que en su semblante
La huella impresa llevaba
De enamorado, empezaba
Contento y regocijante;

Sin comprender que el doctor,
Hombre de mucho sentido
Práctico, cual buen marido,
No estaba por ese amor

De que nos habla Virgilio,
Todo sentimiento, ninfas,
Nereidas, arroyos, linfas,
En incomparable idilio.

Y después de mil rencillas
Y protestas del doctor,
Así describió el amor
En ligeras redondillas:

—«Es el amor una esencia
Que del corazón emana;
Es el símbolo que hermana
El arte á la inteligencia.

Los cantos del ruiseñor
Al amanecer del día;
Sus raudales de armonía
Y el bálsamo de la flor.

El que infunde los albores
De la inspiración primera,
La aromosa primavera
Que abre el cáliz de las flores.

Es el sol de la esperanza
Esparciendo en sus fulgores
Los matizados colores
De aquel iris de bonanza,

Cuyo mágico esplendor
De mil bellezas sin nombre,
Fué la alianza del hombre
Con el eterno Creador.»

El doctor, medio amoscado
É interrumpiendo el sermón,
Dijo huraño y remolón:
—«Basta, que ya me he enterado.

Yo no me negué á escuchar
Vuestra opinión, que no admito,
Y en vano intentáis, repito,
Convencerme, que al tratar

De asunto tan escabroso,
Se abisma la inteligencia;
Lo que dicta mi conciencia
Me parece más grandioso.

Cada cual va de su anhelo
En busca; yo soy mortal,
Tengo vínculos, caudal,
Conservo mi fe en el cielo;

Pero en achaques de amor
Quiero palpar y sentir;
Lo demás, todo es vivir
Cual poeta soñador,

Que al mirar en lontananza
El resplandor de una estrella,
Corre incansable tras ella
En alas de su esperanza

Puesta en un fin codiciado,
Pensando ¡oh mísero triste!
Que la dicha sólo existe
En el edén que ha soñado.

Ya no les causa emoción
A las mujeres ardientes,
Nuestras miradas dolientes,
Ni el latir del corazón.

Ya no se ama en altas cumbres,
Ni hay zagales de Corinto;
Ya se ha trocado el instinto
En las modernas costumbres.

Las luchas de la razón
Contra las supersticiones,
Llevan las generaciones
A la civilización.

Y en vertiginosa huída,
El tiempo, el hombre, el insecto,
Van renovando su aspecto
Cual se renueva la vida.»

Deduzco yo en conclusión
Que juzgan el corazón,
Viejo y joven, á porfía,
Éste con la fantasía
Y el otro con la razón.

EPÍSTOLA Á TERESA.

¡Quién pudiera leer, Teresa mía,
Del porvenir el libro misterioso!
Así mi amor sabría
Dar á mi musa ardiente fantasía
Para cantar mi sino venturoso.
Mas por si acaso es negro mi destino,
Y así me lo imagino,
No quiero, no, invocar, con la impaciencia
Tan propia del amante
Lejano á tus halagos placenteros,
Lo que aún vive risueño en mi conciencia,
Lo que miro brillante
A través de los tiempos venideros.
Porque si nos espera
Un fin fatal de amargos desengaños,
Yo prefiero cien años
De horrible incertidumbre,
A un instante no más en que sintiera
El dolor que extinguiera
Del amor mío la encendida lumbre.

. . . . . .

Yo no sé qué pensar. A veces miro
Con los ojos del alma los arcanos
Del porvenir incierto, y un suspiro
Nace del corazón. Entre mis manos
Dejo caer la frente adormecida
Al soplo de mi musa protectora,
Que me lleva á do mora

Tu imagen casta y pura,
Y por eso son sueños de ventura
Los sueños que soñé toda mi vida.
¿Será que el fuego que en tus ojos arde
Me cegó al encender el amor mío,
Y hoy me siento cobarde
Para pensar siquiera en tu desvío?...

Tú lo sabes muy bien. Hace seis años,
Cuando yo aún era un niño
Y en la región del alma no existía
La hiel de los amargos desengaños,
En ti deposité todo el cariño
Que mi ferviente corazón sentía.
Y entonces fuí feliz. Tú, con acento
Al par solemne y triste,
Un día me dijiste:
—«Constante en mi sagrado juramento,
Eres tú el ideal de mi existencia;
Y en la forzosa ausencia
Que te impuso la suerte
Fatal ó venturosa ¡quién lo sabe!
Yo, contristada y grave
Y ante el altar de Dios puesta de hinojos,
Juro amarte, mi bien, hasta la muerte.»
Con el llanto en mis ojos
Escuché aquellas frases de tus labios,
Y por eso tan sólo, amada mía,
Se muestra mi alma fría
Ante el pueril temor de tus agravios,
Y firme en el vaivén de la mudanza
Floto aún sobre el mar de mi esperanza.

Perdona si mi mente
Aquí expresó con formas veladoras
La intensidad de la pasión ardiente
Que en mi pecho se agita á todas horas.

Tú que sabes leer lo que yo callo
Cuando palabras no hallo
Para decirte lo que en mi alma siento,
Sabes también que el tiempo y la distancia
No borran de mi pobre pensamiento
El recuerdo feliz de nuestra infancia.
No me olvides jamás, y en tu memoria
Graba mi triste nombre en cifras de oro;
Piensa que de tu amor la eterna gloria
Es la gloria que adoro;
Y que la flor sencilla que hoy te envío,
Lleva en su tierno cáliz los ardores
De un casto beso mío,
Emblema de mis plácidos amores.

NOSTALGIA.

Ya no veo la luz que en tu mirada
Cual aurora divina fulguró,
Y aún recuerdo los ciegos desvaríos
De mi constante amor.

Ya no brilla en mis ojos la alegría
Que impulsaba mi canto á resonar,
Ni percibo el rumor de tu lamento
Que vuelve á suspirar.

En la oscura morada de mi mente,
Do reposan venturas que soñó,
Aún conservo la luz de la esperanza
Que alienta el corazón.

Del recuerdo feliz de mis amores
La memoria por siempre guardaré,
Y así al verte otra vez, dulce, anhelante,
La dicha encontraré.

EN UN ABANICO.

Como este abanico, amiga,
Por suerte ó por condición,
Será antifaz de su rostro
Cuando lo encienda el rubor,
Y recibirá el perfume
De su aliento embriagador...
¡Por trocarme en abanico
Diera cualquier cosa yo!

CANTARES.

Soy joven, y juraría
Que he sufrido tanto, tanto...
Que por cada hora que pasa
Creo haber vivido un año.

Si alguien me habla de tristezas,
Siento un placer infinito,
Porque mis penas se endulzan
Cuando hay quien sufre conmigo.

En el mercado del mundo
Da la vanidad humana,
Por cualquier cosa un tesoro,
Y por una idea... nada.

Todos temen á la muerte,
Y es razón que no me explico.
No es la muerte á quien tememos,
Sino á lo desconocido.

El infeliz que se queda
Huérfano en edad temprana,
Por si es pobre y algo pide
Todos le vuelven la espalda.

—

Cuando yo vaya á morir
Sella en mis labios un beso,
Que al confundirse las almas
Las dos volarán á un tiempo.

—

Tú lloras por tu desgracia
Y yo, en mi desgracia, río...
Que las risas de mis labios
No son risas, son gemidos.

—

Después de lo que ha pasado
Nada tu maldad disculpa...
¡Y aún proclamo tu inocencia
Cuando por ti me preguntan!

—

Los dos á un tiempo culpables
De aquel pecado hemos sido...
¡Y sólo en ti encuentra el mundo
El cuerpo de aquel delito!...

—

Esperé que de tu amor
En la ausencia, me olvidara;
Pero ¡ay! que el tiempo ha borrado
De mi pecho esa esperanza;

—

Porque cuando siente y llora
El corazón que bien ama,
Menos del amor se olvida
Cuanto más el tiempo avanza.

Aunque estoy lejos de ti,
Muy cerca de mí te veo,
Porque el cristal de mis ojos
Retrata mi pensamiento.

—

Te has colocado tan alta
Que no te puedo alcanzar,
Y es que mi amor, que es tan grande,
Te sirve de pedestal.

—

En el mundo, para mí,
No hay más que dos cosas grandes,
El amor que tú me inspiras
Y el que me inspira mi madre.

—

Aunque estés conmigo á solas
No abrigues ningún temor;
Porque el guardián de tu honra
Es mi mismo corazón.

—

Mucho lloraste aquel día,
Y yo, al ver que tú llorabas,
También lloré al acordarme
Del origen de tus lágrimas.

—

Por un beso que te dí
Me has llamado vil ladrón....
¿Qué te llamaré yo á ti
Robándome el corazón?

—

Yo no sé si tengo seca
La fuente del sentimiento;
Quiero reir... y me río,
Quiero llorar... y no puedo.

Yo no sé qué nos pasa
Cuando nos vemos;
Tú te pones muy pálida,
Yo, me entristezco.
¡Cuánto daría
Por haber olvidado
Lo de aquel día!...

Aunque estén muy ocultos
Nuestros pecados,
Tenemos en la vida
Cruz y calvario.
Porque en la tierra
La memoria es verdugo
De la conciencia.

UNA POR MIL.

Siempre que voy al teatro
Ó á las funciones taurinas,
Donde á mi placer contemplo
Mucha gente reunida
Formando inmensa oleada
De cabezas que se agitan,
Criticándome á mí mismo,
Hago la siguiente crítica:
«Pues, señor; es triste cosa
Que elevándose á la cifra
De diez mil diez, las cabezas
Que aquí se ven confundidas,
Sólo diez tengan ideas
Y las demás... tonterías.»
Para evitar confusiones
Y evitar apoplejías
De aquellos que, por lo mucho
Que piensan y que meditan,
Para almacenar ideas
Más cabezas necesitan,
Aconsejo yo al gobierno
Que haga una ley que prescriba
Que al que tenga la mollera
Completamente vacía,
Se le coloque en la frente
Este rótulo:—«Se alquila.»

EN EL ÁLBUM

DE LA DISTINGUIDA POETISA

DOÑA LUISA DURÁN DE LEÓN.

Vuestro álbum es un inmenso foco formado con los brillantes rayos del ingenio; es el centro de atracción en que convergen los resplandores de cien estrellas luminosas. Cuando usted, imitando á los sabios que han descubierto manchas en el Sol, lo examine con el telescopio de su poderosa inteligencia, se convencerá de que estas líneas son el lunar que más afea el conjunto de esta joya literaria.

UN EPISODIO DE AMOR.

(CUADRO PARISIEN.)

I.

Mi amigo Claudio Jiménez era uno de esos muchachos, verdaderos cosmopolitas, que no pueden sujetarse á vivir oscurecidos. Procedía de una familia humilde, y en sus primeros años, siguiendo los impulsos de su espíritu aventurero, se vió obligado á emanciparse del hogar paterno.

Poseía una mediana ilustración, y sus necesidades iban aumentando hasta el extremo de ser insuficientes los medios de que disponía para atender á su propio sostenimiento.

Hubo un día en que sintió deseos de viajar, y desde entonces no se dió punto de reposo en sus gestiones, encaminadas al objeto que se proponía.

Mediante una recomendación, pudo conseguir un modesto destino en una casa importante de París, centro de actividad que ofrecía ancho campo á las legítimas aspiraciones del mancebo.

Claudio había desplegado en esta casa un interés marcadísimo por conocer el idioma, y su aplicación

y honradez no tardaron en granjearle las simpatías de todos sus compañeros.

Al cabo de algún tiempo hice un viaje á París.

Era la primera vez que visitaba la hermosa ciudad del Sena, y me hospedé en el hotel *Montmartre*.

Una mañana me subió el camarero una tarjeta en que se leía: «Claudio Jiménez, 19, *rue Seine*, 19,» y poco después apareció mi amigo en la puerta de mi habitación.

Su presencia me alegró extraordinariamente, porque Jiménez era uno de mis compañeros de la niñez.

—¿Cuándo has llegado?—me preguntó.

—Hace tres días, chico, y no me atrevo á salir temiendo perderme por esas calles. Nunca había estado en esta Babilonia, y si tú continúas siendo el antiguo amigo, me acompañarás á visitar todo cuanto de notable encierra la que con razón se llama capital del mundo civilizado.

—A eso he venido precisamente,—me dijo.—Aquí soy bastante práctico, y desde luego confío en que aprobarás el itinerario que vamos á recorrer durante tu permanencia en París.

II.

Aquella misma tarde alquilamos un coche de *remise*, y pasamos por la plaza de la Concordia, su-

biendo luego por la Avenida de la Emperatriz hasta el Arco de la Estrella, en cuyo trayecto está situado el palacio de la Industria, suntuoso edificio en que se instaló la Exposición Internacional de 1855. Continuamos nuestro paseo hasta el bosque de *Boulogne*, donde discurrían en todas direcciones multitud de carruajes, en que ostentaban sus encantos y bellezas, aristocráticas damas reclinadas á la *negligé* con una voluptuosidad admirable.

También vimos muchos *tílburis* guiados por la débil mano de aquellas señoritas que imprimen cierto carácter de originalidad á las costumbres parisienses.

A nuestro regreso del bosque, llegamos á la capital á esa hora en que las *grisetas* salían de sus talleres. Me llamaron la atención sus delantalitos blancos y sus clásicas cofias adornadas con profusión de lazos y flores, que tanto embellecen sus cabecitas rubias.

Es muy curioso visitar á la hora de comer uno de esos *restaurants*, donde estas beldades de taller acuden con asiduidad acompañadas de sus respectivos amantes.

No queremos fatigar el ánimo de nuestros lectores, y por ello no apuntamos otras consideraciones que, aunque oportunas, se separan del objeto de este artículo.

Consignaremos, sin embargo, á la ligera, todo cuanto de notable vimos, sin incurrir en la menor di-

gresión, después que Amicis ha descrito con verdadera maestría sus monumentos y sus costumbres.

El día siguiente visitamos los museos del *Louvre* y *Luxembourg*, el hotel de Inválidos donde existe el mausoleo que guarda las cenizas del gran Napoleón, la *Nôtre Dame*, la fábrica de tapices de *Gobelins*, los *boulevards*, el palacio de la Bolsa, el de *Saint-Cloud*, y, por último, el de Versalles, en cuyos hermosos jardines reunía Luis XIV toda su inmensa prole de cortesanas.

III.

Uno de aquellos días vimos anunciados *Los Hugonotes* en el gran teatro de la Ópera.

Esta obra era mi favorita, y con la anticipación necesaria adquirimos un palco principal.

Por la noche, después de haber saboreado algunas copas de *fine-champagne* en el hotel de la *Paix*, nos dirigimos al grandioso coliseo, en cuyo vestíbulo nos salieron al encuentro algunas floristas ofreciéndonos lindísimos *bouquets*.

Claudio, que, como hemos dicho, estaba habituado á las costumbres del país, aceptó de una de ellas—muy hermosa por cierto—un ramito de violetas, previo el pago de medio franco, cantidad por la que se suele dar algún besito de refilón.

Ocupamos nuestra localidad en el momento mis-

mo en que la orquesta dejaba oir los primeros acordes de la sinfonía.

El teatro presentaba un aspecto grandioso, sublime, deslumbrador.

Claudio me cedió el lugar de preferencia, sentándose en el extremo izquierdo.

No se había terminado el primer acto, cuando apareció en el palco contiguo una preciosa mujer que, á juzgar por las riquísimas joyas que ostentaba, nos pareció una de las más encopetadas moradoras de *faubourg* de *Saint-Germain*.

Abstraído ante la magnificencia del teatro, y seducido por las brillantes notas que la *prima donna* dejaba escapar de su privilegiada garganta, volví la vista y me encontré á Claudio departiendo amigablemente con la mujer que tanto había llamado nuestra atención.

Fijéme con algún interés, y pude oir el siguiente diálogo:

—Caballero: ¿tendríais la amabilidad de retirar ese ramo de violetas que lleváis prendido en el ojal de la levita? Dispensadme esta libertad; porque ese olor me ofende sobremanera.

—Con muchísimo gusto, señora,—contestó Claudio quitándose el ramo y dejándole sobre un velador que había en el antepalco.

—Ya estáis complacida,—añadió al ocupar de nuevo su asiento.

—Gracias, amable joven. No esperaba otra cosa

de vuestra galantería. Permitidme una observación. A juzgar por vuestro acento, no debéis ser de París. ¿No es verdad?...

—Con efecto, señora; no os habéis equivocado: soy extranjero.

—¿Extranjero sois?... ¿Acaso inglés?...

—No, señora.

—¿Alemán?

—Tampoco.

—¿Italiano quizás?

—Tampoco.

—¿Pues de qué país sois?

—Soy español, señora.

—Me ocasiona alguna incomodidad el volver la cabeza para hablaros,—dijo la dama.—Si quisierais pasar á mi palco os lo agradecería mucho.

—¡Ah, señora! Estoy con un amigo recién llegado de mi patria, y temo que se ofenda por este abandono inoportuno.

—Dispensadme entonces. Yo creí que aceptaríais sin vacilar la amistad que os pudiera ofrecer una dama...

—En prueba de que me es sumamente grata vuestra conversación, voy á separarme de mi amigo por breves instantes para complaceros.

—Gracias,—murmuró ella sonriéndose ligeramente.

Como aquel diálogo había despertado mi interés, yo mismo indiqué á Claudio que debía acceder á los

deseos de aquella señora, hasta entonces desconocida para nosotros.

Pasó nuestro joven al palco, sentándose frente á ella.

Esta le invitó á ocupar el asiento de su derecha, y Claudio obedeció.

—¿No es verdad,—dijo la francesa,—que España es el país de las mujeres hermosas?

—Ciertamente, señora; pero ante vos resultaría pálida toda comparación, porque estáis encantadora, y...

—Veo que sois galante en demasía.

—Todo cuanto yo diga es bien poco para lo que vos merecéis.

—Gracias,—contestó ella sonriéndose.

El calor del diálogo aumentaba extraordinariamente.

Por la verbosidad con que aquella mujer misteriosa, respondía al estudiado galanteo del joven, comprendí que era maestra en el arte de seducir.

Ella y él guardaron silencio por algunos instantes.

Sin duda les había llamado la atención el magnífico duo final de la ópera.

Nuestra protagonista aplaudió ligeramente á los artistas y, volviéndose á Claudio, le dijo:

—Vuestra conversación me halaga en extremo; pero es tarde, y con vuestro permiso voy á retirarme. Os invito á que repitáis vuestra visita, mañana

á las once, en mi casa.—¿Os espero?—añadió con cierta coquetería.

—Prometo no faltar,—repuso Claudio conmovido.

Mientras pronunciaba estas palabras sacó la dama su *portefeuille*, entregando al joven una tarjeta en que se leía: «*Mlle. Clementine, 6, Chaussée d'Antin, 6.*»

Claudio había quedado profundamente pensativo.

Aquella mujer me pareció de educación muy distinguida para *cocotte*, y demasiado libre en el lenguaje para dama de la aristocracia.

El pobre joven estaba abrumado en un mar de confusiones.

Aquella noche ni él ni yo pudimos conciliar el sueño.

Reflexioné tranquilamente, y yo mismo aconsejé á mi amigo que no debía en manera alguna faltar á la cita.

Había que conocer el desenlace de tan extraña aventura.

IV.

A la hora fijada, se presentó el joven en la casa de Clementina.

Claudio quiso pasar recado, y la portera se excu-

saba diciendo que la señora no recibía á nadie tan temprano.

Aquello era un verdadero contratiempo para mi amigo.

Insistió en sus propósitos, y la portera anunció la visita.

Pocos minutos después se presentó Clementina, que lucía su hermoso cabello tendido perezosamente sobre sus hombros, y asiendo de ambos manos á Claudio, le dijo:

—Pasad, amable joven, que os voy á transportar por breves instantes á vuestro país natal.

Clementina hizo llegar á Claudio hasta un gabinete ricamente amueblado, y ofreciéndole un hermoso tabaco, añadió:

—No es verdad que al saborear el aroma de ese habano, os consideraréis transportado á vuestro país y os regocijaréis contemplando sus hermosas damas?

—¡Oh! Aquellas mujeres que me recordáis y que yo tanto adoro, se han eclipsado, no sólo á través de la inmensa distancia que nos separa, sino por la hermosura de vuestras ojos.

Clementina había conseguido su objeto, porque el joven estaba enamorado.

Claudio, después de transcurrido el tiempo necesario para una visita de rigurosa etiqueta, profirió:

—Señora, con vuestra permiso, me voy á retirar.

—No haréis tal cosa,—interrumpió Clementina,

—porque os he invitado en la confianza de que me acompañaríais á almorzar.

—Si os empeñáis... aceptaré con gusto vuestro ofrecimiento.

Durante el almuerzo observó mi amigo que se le servían licores con demasiada frecuencia.

La conversación de Clementina fluctuaba en diversos sentidos; unas veces mostró sus sentimientos con alguna tendencia moral, y otras se abandonaba excesivamente á la libertad del lenguaje.

En uno de aquellos momentos de arrebato, Claudio, ebrio de placer, imprimió un ósculo en los ardientes labios de Clementina!

. . . . . .

. . . . . .

V.

Jiménez pudo averiguar que su amada era una de esas mujeres del *demi-monde*, y sin embargo, continuaba tan preocupado, que poco á poco fué relegando al olvido sus más sagrados deberes por alimentar el amor de Clementina.

Trascurrieron algunos meses, y mi amigo había llegado al paroxismo de su apasionamiento por la que le sedujo en cuerpo y alma, cuando un día se presentó en su casa, y la doncella, avisada de antemano, dijo á Claudio con cierto desparpajo:

—Tengo orden terminante de la señora para decirle que no piensa recibir á V. más en su casa.

Estas frases dejaron á mi amigo frío como el mármol, y sin poder articular una sola palabra, dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¿Lloráis por eso?—dijo la doncella burlándose del joven.—Bien se os conoce que no estáis acostumbrado á la vida parisien.

Todas las ilusiones que durante siete meses había forjado la soñadora fantasía de Claudio, se desvanecieron en un segundo. El desengaño abrió en su corazón una herida mortal, que no se ha cicatrizado bajo el peso de los años.

Clementina había ofrecido al joven los brutales halagos de una pasión insensata, á cambio de un alma pura y exenta de maldades.

Llegó al hastío, y tuvo que reanudar su operación, seduciendo á otra víctima para satisfacer sus torpes caprichos.

Por eso ha dicho, no sé quién, que el corazón de una mujer coqueta es una gran losa toda llena de muertos.

¡UN CONSEJO!...

Á MI AMIGO

JOSE M. GARCÍA COLLADO.

¡Ay, amigo! Yo no sé
Cómo escaparme podré
Del lance en que me he metido...
¿No sabe usté lo ocurrido?
Pues yo se lo contaré.

Es triste, muy triste, sí
Lo que hace poco inquirí
Al preguntar por Elvira...
¡Vamos, parece mentira
Esto que me pasa á mí!

La vi cierta noche en coche
Y me sentí impresionado...
García, hubiera jurado
Que me hallaba aquella noche
De repente, enamorado.

El caso es que la miré
Con suma curiosidad,
Y... amigo, ¡pásmese usté!
Vi á su lado un hombre que
Le triplicaba la edad.

Sin poderme contener
Yo la seguí por doquier
Impaciente, entusiasmado...
Y aquel viejo... ¡siempre al lado
De aquella hermosa mujer!...

Luego pude averiguar
Que el vejete es militar
É inquirí dónde vivía,
Cosa en que yo no veía
Nada de particular.

Y siento ya, francamente,
Por la chica amor ardiente;
Y ocurre que... ¡cosa rara!
Pone el viejo mala cara
Si la miro frente á frente.

Ya me tiene hasta perplejo,
Pensar que es celoso el viejo...
Vamos, bien dice un refrán
Muy conocido, que cuan-
to más viejo más pellejo.

Pero, discurriendo bien,
Temo que se arme un belén
Por mi pasión amorosa...
Mas, amigo mío ¿quién
Piensa en semejante cosa?

No debo retroceder
Ni un solo paso, á mi ver,
Pues que ella bien me miró,
Y, además, esa mujer...
¿No es soltera como yo?...

Esta reflexión me hacía,
Cuando en cierto sitio un día
Mirando á Elvira gozoso,
Un amigo me decía:
—¡Mira que el viejo es su esposo!...

Y contesté:—Ya me explico
Por qué está el viejo escamado...
Pero no comprendo, chico,
Cómo ese hombre sin ser rico
Á Elvira haya enamorado.

Pues parece natural
Suponer, mal que le cuadre
Á ese viejo carcamal,
Que no es esposo, y sí padre
De esa niña angelical.

Pero, en fin, tendré paciencia,
Aunque es dura penitencia
Para un hombre enamorado,
Ver que un viejo le ha dejado
Á la luna de Valencia.

De haberlo así comprendido,
Jamás hubiera podido
Meterme en asuntos tales,
Porque nunca me he metido
En líos matrimoniales.

Ya me conoce usté á mí
Y sabe perfectamente,
Que lo mismo allá que aquí
Me tienen... ¡vaya que sí!
Por un muchacho prudente.

Y hoy pierdo con mis trastadas
Por esas desventuradas,
Mi fama de juicioso...
¡Yo, que jamás hice el oso
Á las mujeres casadas!...

Que esto fué un mal pensamiento,
Lo declaro, aunque lo siento,
Pues yo soy un hombre honrado,
Que nunca, nunca ha faltado
Al noveno mandamiento.

García, usté que decía
Que es en esto gato viejo,
No sabe, amigo García,
Cuánto le agradecería
Que me diera usté un consejo.

Ciega mi mente delira
Ya por esa hermosa Elvira,
Y no puedo resolver
Nada sobre esa mujer,
Porque el caso es que me mira.

Y aunque mi amor es constante,
Veo truncado mi anhelo
Por mi temor incesante
De que me salga un Otelo
En forma de Comandante.

Mas ya de impaciencia estallo,
García, y aunque me callo,
Su consejo esperaré;
Pero no me salga usté
Con una pata de gallo.

¡AGUA VA!

Á MI AMIGO

ANTONIO CHÁPULI Y NAVARRO (1).

¡Ay, amigo! Yo no sé
Si en algo le habré faltado;
Y, así, no acierto por qué
Me mete en ese endiablado
Lío, en que se encuentra usté.

Y es triste, muy triste, sí;
Pues si yo no cometí
Contra usté ningún delito...
¿Por qué, si se halla usté frito,
Me quiere freir á mí?

Que vió á una mujer en coche
Y que de noche la vió
Y al verla se enamoró...
¡Vamos, usté ve de noche
Cosas que no veo yo!

Que luego, con infinita
Ansia la siguió do quiera,
Y encontrándola bonita,
Ahora tiene usté una hoguera
Debajo de la levita?

(1) Contestación del Sr. García Collado.

Cosas son estas *liosas*,
Amigo, aunque naturales,
Que suelen ser peligrosas;
Porque tienen estas cosas
Consecuencias muy fatales.

¡Vaya, que es usté diablejo!
¡Con qué gracia me acomete
Llamándome «gato viejo»!
¿Cómo pide usté un consejo
A quien necesita siete?

Por cierto que no pensaba
De usté tal cosa en mi vida;
De desengañarme acaba.
Donde menos se esperaba
Suele darse una caída.

Mas ya que un consejo pide,
Le he de decir lo que siento,
Y es, amigo, que no olvide
Lo que sobre esto decide
El noveno mandamiento.

Si el consejo por lo añejo,
No le gusta, aquí me callo;
Mas, siendo bueno el consejo,
No diga que por lo viejo
Es una pata de gallo.

ANDALUCÍA.

Tiene un suelo feliz la patria mía
Do vive el alma delirando amores,
Tesoro de dulcísima poesía,
Jardín de eternas y aromadas flores,
La risueña y feraz Andalucía.

Teniendo un ceñidor de perlas bellas,
Una diadema fúlgida de estrellas,
Con un hermoso y encantado suelo,
Con un risueño y apacible cielo,
Sus pueblos tienden en redor sus huellas.

Brota doquier vegetación lozana
Y se ven maravillas á millares,
Y con su luz de púrpura y de grana
Más puro el sol se ostenta en la mañana
Al levantarse de los anchos mares.

Allí el amor como la lava hirviente
Fuego es que enciende inextinguible hoguera,
Y hállanse allí las que soñó la mente
Vírgenes de atezada cabellera,
De blanco seno y de mirada ardiente.

Allí en la aurora que nos trae el día
Más flores hay con que se borda el suelo,
Más aves hay en la región vacía,
Y monte, y valle, y río, y tierra, y cielo
Es todo luz y aromas y armonía.

Allí cuando sus rayos ha escondido
El sol brillante con su lumbre pura,
Vienen con el crepúsculo encendido
Sílfides bellas cuya voz murmura
Palabras de cariño á nuestro oido.

Allí la altiva, espléndida palmera
Se cierne de los prados soberana,
Y su móvil flotante cabellera,
Gentil y erguida y orgullosa y vana
Agita sin cesar suave y ligera.

Allí el naranjo con sus frutos de oro
Ofrece sombra en bochornoso estío,
Y se apura el riquísimo tesoro
De dulces sueños con que brinda el río
Con su murmullo lánguido y sonoro.

Sonriente y bella cual la luz del día,
La Italia con su eterna primavera,
Envidia á nuestra hermosa Andalucía,
Y su belleza y cármenes quisiera
Que un cielo encierran en la patria mía.

Harta razón tenía el africano
En defender porfiado tal tesoro
Con firme empeño y con afán insano,
Y harta también el pertinaz cristiano
En disputarle al obstinado moro.

Cuna de caballeros esforzados,
Palenque de inmortales adalides,
¡Cuántas veces tus pueblos más preciados,
Tintos en sangre de enconadas lides,
Dejaron á los ojos asombrados!

¡Oh, bien hayas, mansión de los amores,
Dichosa y encantada Andalucía,
Cielo de puros, mágicos fulgores,
Tesoro de dulcísima poesía,
Jardín de eternas y aromadas flores!

Bien haya, Cádiz, la gitana bella,
La joya hermosa del confín hispano,
Que se destaca como blanca estrella
En medio al ronco férvido Oceano
Brindando al nauta con segura huella.

Y bien hayas ¡oh Málaga divina!
La de perpetuas amorosas lides,
La de la vega siempre peregrina,
La de las dulces, codiciadas vides,
La que es del mar encantadora ondina.

Bien hayas tú también, ciudad moruna,
Que guardas tu mezquita todavía;
¡Oh Córdoba! que al rayo de la luna
Evocas glorias que alcanzara un día
Tu antigua raza con feliz fortuna.

Y bien haya Jaén que audaz su planta
Asienta en medio de la fértil vega,
Y un templo ostenta de hermosura tanta,
Que al verle el alma se recoge y ruega
Llevando al Cielo su plegaria santa.

Y la gentil y mágica Granada
Con su Darro y Genil murmuradores,
Su Alhambra por mil genios habitada,
Sus álamos do anidan ruiseñores,
Su Albaycín y Cartuja celebrada.

Y la que sol de Andalucía brilla,
Regio florón de la gloriosa España,
La que apellida el mundo maravilla,
La que el Guadalquivir fecunda y baña,
Perla gentil, magnífica Sevilla.

Y el risueño Jerez, rico en primores,
Y Carmona feliz, de hermoso suelo,
Y Ronda tan gentil, jardín de flores,
Y aquél de un nombre que bendice el Cielo,
Puerto sin par, mansión de los amores.

Hubo un tiempo en que loco no creía
Hallar lo que soñó mi mente inquieta,
Y al verte á ti, feliz Andalucía,
Queda pálido el sueño del poeta
Como la luna ante el fulgor del día.

Que acaso en ti de su inmortal belleza
Dejar el Cielo su trasunto quiso,
Y en ti apuró su espléndida riqueza,
Y en ti por eso se halla el paraíso
Que tras la tumba para el justo empieza.

Y así en tu suelo agota la natura
Su lujo y profusión y lozanía,
Y te dan mil arroyos su frescura
Y te ofrecen mil flores su ambrosía
Y te brinda tu Cielo la ventura.

¡Oh! Cuando al recorrer tu fértil suelo
Dilato el pecho y se estremece el alma,
Sueño que he muerto y que despierto al Cielo
Donde he de hallar la ambicionada calma
Que en vano busco con febril anhelo.

Á UNA PECADORA.

Idolo fuiste de amorosos padres,
Eras orgullo de benditos hijos,
Reverenciada esposa del esposo;
¡Quién fué, cual tú, feliz!...
Hoy de tus propios padres maldecida,
Madre de quien sus hijos se avergüenzan,
Esposa que vendió la fe jurada,
¿Cómo puedes vivir?

—

Ayer con tu aureola de virtudes
Eras rico florón de dos familias,
Y te creía, fascinado, el mundo
Un ángel de bondad.
Hoy que sabe tus torpes liviandades
Su error no te perdona, y donde quiera
Con vengadora furia te proclama
Un monstruo de maldad.

—

De hija, madre y esposa la diadema
Ceñías á tu frente, y en un día
Esa triple corona deslustrada
Se cayó de tu sien.
Cuando el ángel de luz rodó al abismo
No cayó de más alto, y el recuerdo,
Genio de las tinieblas, será siempre
Tu torcedor cruel.

—

Si alguna vez despierta tu conciencia
Y á los abismos lóbregos sin fondo,
Desde su altura excelsa Dios te envía
Algún rayo de luz,
Sabrás ya que el castigo del malvado
No empieza en la otra vida, y que en el mundo
Su expiación tiene el crimen, como encuentra
Su premio la virtud.

Nosotros decidimos nuestra suerte,
La dicha y la desdicha como sombra
Eternamente á la virtud y al vicio
Siguiendo van en pos.
¡No maldigas al Cielo, que si empieza
Una vida inmortal cuando morimos,
Sin sufrir y llorar años y lustros,
Te rechazara Dios!

ALEGORÍA.

LAS ILUSIONES.

(EN UN ÁLBUM.)

I.

Porque tras sueños de gloria
No corras nunca, bien mío,
Hoy á tu pecho confío
Tierna y sencilla una historia.

Como ninguna preciosa,
Encanto del nuevo día,
Entre zarzales lucía
Pura y lozana una rosa.

El céfiro con sus alas
Meció su verde capullo,
Y ella se alzó con orgullo
Luciendo sus ricas galas.

Dando á los prados enojos,
Divina y encantadora,
Como entre nubes la aurora,
Así brillaba entre abrojos.

Su aroma y tintes suaves
Celebraron igualmente,
Con sus murmullos la fuente
Y con sus cantos las aves.

Ella encerraba primores,
Tesoros de su existencia,
Dulces perfumes su esencia,
Sus hojas varios colores.

Y porque más su atavío
Lucir pudiese la rosa,
Dió á su corola preciosa
Rica diadema el rocío.

Todos, al verla tan pura,
Cogerla al punto quisieron,
Pero después comprendieron
Que era pensarlo locura.

Porque la rosa, que tanto
Bella atraía los ojos,
Con los zarzales y abrojos
Bien defendía su encanto.

Así con gala preciada
La flor segura crecía,
Encanto del nuevo día
Y por la brisa arrullada.

II.

Pero al ver el casto aliño
De flor tan pura y brillante,
Hacia la rama al instante
Tendió sus manos un niño.

Con la lujosa riqueza
De su hermosura cegado,
No pudo ver á su lado
Las zarzas y la maleza.

Así al capullo lozano
Tendió la mano afanosa;
Pero sacó, sin la rosa,
Ensangrentada la mano.

Y en medio de su tormento,
Para sentir más congojas,
Vió que de la flor las hojas
Volaban presa del viento;

Pues cuando quiso alcanzarla,
Víctima de ansia rendida,
Sacando la mano herida
Solo logró deshojarla.

Deshecha entonces la gloria
Que antes formara su encanto,
Vertió el niño amargo llanto
De la flor á la memoria.

Pero la rosa, perdida
Mirando ya su belleza,
Entre la tosca maleza
Quiso quedar escondida.

Y el término de su orgullo
Lamentaron tristemente,
Con voz sentida la fuente
Y el ave con dulce arrullo.

. . . . . .

III.

Hasta aquí llega la historia
Que yo á tu pecho confío,
Y ojalá siempre, bien mío,
La guarde fiel tu memoria.

En el loco desvaneo
Que en la vida nos agita,
Los desengaños evita
Reprimiendo tu deseo.

¡Ay, si tras sueños mentidos
Vagase el alma imprudente,
Porque los viese la mente
En en el porvenir cumplidos!...

Pues siempre, Emilia, en tu daño,
Aun con venturosa estrella,
Verás la ilusión más bella
Trocada en un desengaño.

Y si tras sueños de amores
Corres un tiempo perdida,
El alma sacando herida
Verás sin hojas tus flores.

¡Ay de aquel que el alma lanza
Tras de loco devaneo!...
Adonde llega el deseo
Rara vez la fuerza alcanza.

Y si lo alcanzas... quizás
Realizando el desvarío,
Remordimiento ó hastío
En el alma encontrarás.

Entonces, con tus enojos
Como el niño, vida mía,
También verterán un día
Tristes lágrimas tus ojos.

Y lamentando tu duelo,
Y perdida toda calma,
Verá tan sólo tu alma
Su único bien en el cielo!

A MILAGROS IÑIGUEZ.

Si estuviese autorizado
Para decir lo que siento,
Sin que se tomase á chanza
Y sin pecar de indiscreto,
Muchas cosas le diría...
Le diría, por ejemplo,
Que es u sted una muchacha
Cuyas bondades venero,
Cuyos ojos son la envidia
De los solares reflejos,
Cuya hermosura me encanta,
Cuya gracia es un portento
Cuando esa garganta fresca,
Que parece de un jilguero,
Entona una seguidilla
De puro corte flamenco;
O cuando baila al compás
Del vivo repiqueteo
De sonantes castañuelas
Y derramando salero,
Porque recuerda, sin duda,
Aquel cielo azul sereno
Y aquella gente que goza
Dando *jipíos* al viento,
Y aquella fértil ribera
Del Guadalquivir poético,

Y aquella «Torre del Oro»,
Y aquel claro sol de fuego
Que enciende el alma en amores
Y hace los rostros morenos,
Y aquella bendita tierra
Que más que tierra es un cielo!...

. . . . . .

Por eso, amiga Milagros,
Cuando la miro, recuerdo
Tantas cosas que me halagan,
Que sólo al oir su acento
Sin poderlo remediar
Digo para mis adentros:
¡Vivan la gracia y el cante,
Y vivan los sentimientos,
Que una lagrimita tuya
Vale más que el mundo entero!

Á UN CARCUNDA

(QUE HA COMIDO DEL PRESUPUESTO).

Usted que ha demostrado ser valiente
Entre gallos, gallinas y capones;
Usted que anda ligero de calzones,
Según dice una Estrella que no miente...
Corra usted á llorarle al Pretendiente,
Pídale de rodillas mil perdones,
Que ha de gozarse al ver que entre... bribones
Le queda algún carcunda consecuente.
Ya que está usted cesante, es necesario
Hacer otra campaña de conquistas
En pro de su ideal estrafalario.
Déjese, pues, de ocupaciones mixtas,
Coja usted un trabuco y un rosario,
Y márchese otra vez con los carlistas.
Y dijo el Secretario:
«El consejo es de amigo sabio y cuco:
¡Venga mi boina! ¡Venga mi trabuco!

¡CÓMO ME GUSTAN LAS MUJERES!

A MI QUERIDO TÍO

D. ANDRÉS NAVARRO Y RODRIGO.

I.

Pues, señor; si escapo de esta sin arañar, hago promesa solemne de echar, en cuanto me sea posible, dos cuartos á las ánimas benditas.

Vamos á ver; qué digo yo después de este epígrafe, más preñado de dificultades *que la caja de Pandora*.

Ante todo, séame permitido sentar el principio de que me gustan las mujeres rubias, morenas, trigueñas y de cuantos colores ha podido soñar la imaginación del más feliz de los mortales. Me encantan y me electrizan hasta las negras, con que, calculen ustedes por un momento si me *pirraré* por las blancas de bueno ó de mal *palmito*. En fin; siendo mujer, me muero por las altas, por las bajas, por las gordas, por las flacas, por las feas, por las guapas...

Una mujer tuerta, me parece el desenlace infalible de uno de mis proyectos, porque está visto; allí donde yo meto... mano, es imposible que salga nada derecho.

Una mujer coja tiene también su símil apropiado á mis versos, que siempre les falta algún *pedacito*. Así es que, no me cabe la menor duda, de que algún santo ofendido porque no le rezo al acostarme, ó el mismo diablo en persona, se han empeñado en que las *cojas* tengan alguna afinidad en mi modo de ser, para que todo cuanto á mí me gusta, ande *cojeando* continuamente por esos mundos de Dios.

Y basta con esto para sincerarme ante mis amables y pacientes lectoras.

Pasemos á otra cuestión más importante.

II.

Muchos de los que tienen el detestable vicio de pensar y emborronar cuartillas para el público, han echado su *cuarto á espadas* sobre este asunto manoseado hasta la saciedad.

Unos llaman á la grey femenina el complemento de nuestra felicidad en este valle de risas y de lágrimas.

Otros discuten paladinamente en justa demanda de sus derechos ante la sociedad.

Algunos la niegan aptitudes morales para representar un papel semejante al hombre en los problemas importantes de la vida.

Los más benévolos, creyendo juzgarla *piadosa-*

mente, dicen, por pura galantería, que la mujer es el emblema de las más santas virtudes, y que, por su complexión moral, se hace cada día más digna de nuestro reconocimiento y admiración.

Pero ¡ay! en medio de esta armonía sublime que entonan los orfeones verdaderamente influídos en su ánimo para luchar en defensa de la emancipación de la mujer, resuena con estrépito una nota discordante.

¿Qué sucede en tal caso?

Pues muy sencillo.

La orquesta interrumpe por breves instantes sus armoniosos acordes, mientras que el rebelde enfurecido grita desaforadamente; y está claro, el mundo le escucha en un principio con desagrado; pero él, que si quieres, continúa el estruendo, dejando oir estos ó parecidos aforismos:

—¡Es una sierpe infernal!... ¡Una hidra venenosa!...

En esta lucha social de ideas é instituciones, el mundo muere por no respetar sus tradiciones, como dijo Veuillot; el mundo se ríe, como dijo Gozlan; el mundo come, como dijo Dumas; y la mujer se fastidia, como digo yo.

Sí, señor; es necesario poner un *remiendo* al actual estado de cosas, digo, de mujeres. Soy el primero en reconocer sus derechos, y por lo mismo estoy dispuesto á lanzarme de lleno al palenque para defenderla, pero sin florete, ni cosa que lo valga, ¡eh!...

Si hay algún *chupa tintas* que se atreva, queda desde luego emplazado.

Pues no faltaba más!...

III.

¡En qué laberinto de palabras me he engolfado para decir si la mujer me gusta de éste ó del otro modo!

Dispensadme esta pequeña digresión, y retiro lo apuntado anteriormente, sobre todo, lo último, no salga por ahí algún *aburrido* y me coja la palabra.

Estoy indefenso y...

Me callo.

IV.

Volvamos al asunto.

—Dime, feo lector, ó bellísima lectora: ¿No se os ha ocurrido alguna vez aquilatar, con el crisol de vuestro capricho, el valor de una rubia, de una morena ó de una trigueña?

—Hombre, le diré á V., —exclamará seguramente mi interlocutor.—Yo no digo nada sobre este punto, porque abundo en su misma opinión. Me gustan todas, pero ¡ay! soy tan feo, amigo mío, que no podrán decir *ellas* otro tanto de mí.

—¿Y V., pollita, qué me dice?

—Pues nada, que me callo por modestia. Soy parte interesada.

—De modo que, según eso, soy yo quien ha de decirlo. ¿No es así?...

—Exactamente.

—Pues vamos allá.

V.

Para apreciar las gradaciones del amor, se necesita estar previamente dotado de un espíritu de observación á toda prueba, y casi de las eminentes cualidades que aquel maestro de guitarra manchego exigía para llegar á buen tañedor: *espirencia, fuerza en las uñas* y *habilidencia*.

Empecemos por una modesta, ó por una modista, que casi viene á ser una misma cosa.

Sobre todo: ¿quién podrá decirme que una modista no puede ser rubia, morena ó trigueña, según el capricho de cada cuál?

Es evidente que en esta reducida esfera del amor, cabe también la diversidad en los tipos.

Pero todo tiene en el mundo sus dificultades.

Una modista rubia tiene, al lado de sus encantos, cierto *no sé qué* de verdadero contraste, que realza su hermosura; pero generalmente es una hermosura que no atrae.

Voy á hacer á la ligera un bosquejo de todas las bellezas de la mujer, sin necesidad de descender á detalles que no vienen á cuento.

Una beldad rubia, dicen que suele parecerse al más bello ideal del poeta romántico. Sus ojos azules, como los ojos de las náyades, acusan un sentimiento exquisito; su blondo cabello, en forma de caprichosos rizos, parece un finísimo tafilete de oro; su mirada lánguida refleja en sus mortecinos caracteres un alma que carece de ese vigor femenil tan manifiesto en los picarillos ojos de una morena.

Un defecto capital he podido observar en los ojos de casi todas las mujeres rubias. Sus retinas nunca tienen la necesaria transparencia. Si son pardos, resultan inadecuados al color de las pestañas y del cabello; si, por el contrario, son azules, aparecen como apagados por el hielo de una inexplicable indiferencia.

En cambio, lectores benévolos, contemplad por un momento los parleros ojos de una mujer morena; procurad que se encuentren de cerca las miradas, y veréis cómo de su vista brota una luz que hiere vuestra retina, alumbrada así como por los resplandores fosfóricos de los ojos de un gato.

Además, ¿puede existir una belleza tan positiva como una mujer de correctas facciones, de formas esculturales, de tez blanca y lustrosa y de cabello azabache?

Creo que no.

Sin embargo de que sobre *gustos*, todavía no se es ha ocurrido imponer una ley á nuestros gobernantes.

VI.

Como poeta, señores, escogería un ideal de ojos azules, de cabello dorado y de conversación *filadelfia*.

Como hijo del que tuvo la osadía de comerse la fruta prohibida, no tengo vacilación.

Escogería siempre una mujer morena, de ojos garzos y vivos, de boca pequeña y bien modelada, de mirada unas veces dulce y voluptuosa, y otras de provocadora atracción.

Como hombre, lo confieso con toda la ingenuidad que me caracteriza; soy de los que admiten término medio en el asunto y de los que no se paran en *remilgos*. Unas veces soy partidario de las rubias, otras de las morenas, algunas de las trigueñas, pero generalmente de lo primero que se presenta.

Pero siempre con preferencia de las morenas.

Y si no, preguntádselo á Lord Byron, que decía que la morena es la mayor cantidad de mujer en la unidad femenina.

Es decir, que una morena equivale á todo un harén.

Y no hay que ponerlo en duda, porque el mozo era doctor en tales materias.

Pero conste que me gustan todas las mujeres.

En esta clase de género, admito cuanto se me ofrece, no estando averiado.

Soy de los que se conforman con cualquier cosa, siempre que haya diferencia en el *sexo*.

Y que no falte es menester.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Dedicatoria	
Prólogo de D. Andrés Mellado	
Enrique el noble y el noble Enrique	1
El castillo de Alicante	19
Flores marchitas	23
El poeta	25
Lo que es una lágrima	27
Estrellas, flores, mujeres	31
A mi madre	33
Inconstancia	35
Risas y risas	37
El eterno contraste	39
La muerte	45
La caridad	47
Un año más	49
A ella	57
Pensamientos	59
Una novela que acaba y una tragedia que empieza	65
Becquer	83
Olvido por olvido	87
En el álbum de D. Rafael Ruiz Martínez	89
A	91
Cómplice y criminal	93
A mi hermano D. José Chápuli	95
A la patria (En la muerte de D. Alfonso XII)	97
La duda	101
En un álbum (diálogo)	103
Contraste	105
A la memoria de D. Angel Pazos y Vela-Hidalgo	107
El primero y el último	109
Diálogo curioso	123
Epístola á Teresa	129

Páginas.

Nostalgia..... 133
En un abanico..... 135
Cantares..... 137
Una por mil..... 141
En el álbum de doña Luisa Durán..... 143
Un episodio de amor..... 145
¡Un consejo!..... 157
Agua va..... 161
Andalucía..... 163
A una pecadora..... 169
Alegoría..... 171
A Milagros Iñiguez..... 177
A un carcunda 179
¡Cómo me gustan las mujeres!..... 181